EN ÓRBITAS EXTRAÑAS 24:
EL DIOS CAÍDO
Ramón Somoza

Después de muchas aventuras, Tanit y su familia han conseguido un misterioso objeto que una diosa les encargó recuperar. Solo hay un pequeño problema: Millones de naves de guerra han aparecido de pronto de ninguna parte. Para horror de la niña, el artefacto que ahora posee resulta ser la última llave que necesita un Dios Caído para liberarse de su prisión, y hará literalmente lo que sea para conseguirlo.

Están atrapados mil años en el futuro. Solo hay una salida para regresar a su tiempo. Lo malo es que el Dios Caído no está dispuesto a dejarles escapar.

Ramón Somoza

El dios caído

En órbitas extrañas - 24

ePub r1.0
Titivillus 09.03.2023

Título original: *El dios caído*
Ramón Somoza, 2021

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

En órbitas extrañas 24:
El dios caído

Tengo la impresión de que estamos en un lío superlativo. Sí, nosotros estábamos tan contentos de haber conseguido el objeto que una diosa nos ordenó recuperar. Parecía que solo teníamos que volver por donde habíamos llegado a este lugar, y nuestra misión habría acabado.

Lo malo es que hay alguien buscando ese trasto, alguien que hará lo que se dice *cualquier cosa* por recuperarlo. Y mira por dónde, tenemos enfrente una gigantesca anomalía espacio-temporal a través de la cual están penetrando millones de naves en nuestra realidad, y no estoy exagerando lo que se dice *nada*.

Frontera es un planeta rodeado de tres anillos artificiales, una obra de ingeniería a una escala tan colosal que es casi inimaginable. Aún así, la propia estación parece vibrar cada vez que entra una nave grande a través de ese gigantesco portal. Luces y sistemas parecen cortarse con las sacudidas.

Hay una alarma que está alertando a nuestros anfitriones, pero no es una alerta sonora sino una especie de zumbido *psi* que se me mete en el cerebro. Creo que, por la cara que están poniendo los Krogan, hasta ellos están percibiendo la señal de peligro.

Una gigantesca sacudida hace que casi pierda pie, y aún no me he recuperado cuando otra monstruosa por poco me derriba. De no haber sido por Groar, habría rodado por el suelo.

Miro al exterior; la anomalía se está cerrando. Instantes después, desaparece para siempre. Lo que no desaparecen son las naves. Son gigantescas, hay muchas de decenas de kilómetros, alguna incluso de más de cien kilómetros de longitud. Y veo una estación de combate tan monstruosa que parece una maldita luna, tan grande

es. Los buques están lanzando cazas y buques menores para controlar su entorno. Si antes eran millones de naves, no puedo ni imaginar cuántas naves tenemos ahora frente a nosotros. Los Arpidiannos están croando y mugiendo, claramente aterrados, mientras intentan contactar con su centro de mando.

—¿Son amigos o enemigos? —pregunto, siendo apenas capaz de ocultar mi aprensión. Como sean enemigos, tenemos lo que se dice un enorme problema.

—Un momento —contesta el cíborg, tocando unos controles en su brazo—. Vamos a centrarnos en un único objetivo.

El Cruzado hace aparecer el esquema de una nave enorme en el proyector holográfico de su armadura, y al instante empieza a compararse con otras naves, tan rápido que apenas puedo ver los resultados.

—Demasiado lento, *B* —masculla Svarni, dirigiéndose a la inteligencia artificial de su nave. Me parece rarísimo que la denomine con una letra. ¿O es que hay otra IA adicional que es la *A*?—. Tenemos una cantidad exagerada de posibilidades. Quédate con la firma de este buque y compárala con todos los *ecos* de una magnitud igual o inferior a un diez por ciento como máximo. Si no cuadrase con nada, aumenta al veinte.

—Coincidencia al noventa por ciento —concluye la IA de los Cruzados al cabo de unos minutos—. Disponible espectrometría. El blanco está al alcance visual aumentado con una degradación del once por ciento.

—Aplica sensores visuales, muéstranos el detalle de la silueta.

En el holograma aparece una nave colosal, con una eslora de al menos veinte kilómetros. Tiene dos cubiertas abombadas, ambas erizadas de cañones. En la popa tiene tres motores gigantescos, mas el morro de la nave parece ser un gran hangar. A mí me parece rara de narices.

—¡Esa parece la *Hellstrom*! —grita de pronto el sargento Jass, dispersando el holograma con el índice—. ¡Estuve sirviendo en ella durante dos años!

—La firma energética no cuadra, podría ser una trampa.

—Estoy de acuerdo con el sargento Svarni. —Groar los está mirando de reojo, sin quitarle la vista de encima a las naves que nos están amenazando—. Aseguraos, no sea que tengamos que luchar.

Entonces Lía interviene

—*Belinda*, aplica el mismo patrón de distorsión a los demás *ecos* de este tamaño y contrástalos con las firmas de los demás súper reactores *Titán* que conocemos —ordena, y comprendo que la *B* que mencionó antes era tan solo el nombre abreviado de su IA—. Danos los porcentajes de cuadre.

La imagen holográfica comienza a llenarse de números, aunque debo decir que me parece que va bastante lento. Francamente, no lo entiendo: Si estamos mil años en el futuro, ¿porqué un ordenador humano parece tan poco eficaz? Igual es que no puede procesar tantísimas naves, incluso con las restricciones que le ha puesto nuestra compañera. En fin, al cabo de larguísimos segundos, parece llegar a una conclusión.

—Coincidencia media del ochenta y siete por ciento.

—¡Es la Flota de la Tierra!

—No está mal. —Groar asiente, cruzándose de brazos y abandonando la postura de combate por una más normal—. Parece que tu pueblo sabe lo que se hace,
Art'Ana.

—No vienen solos. —Aunque no puedo verle el rostro, juraría que Svarni está frunciendo el ceño—. La base de datos de *Belinda* identifica naves imperiales y confederadas, pero también hay un rastro energético que no habíamos visto nunca. El más relevante proviene de esa enorme estación de combate.

Vaya, eso sí que es raro. No tengo muy claro el qué son los confederados y los imperiales, aunque supongo que son otras facciones humanas por la manera en que lo ha dicho. Lo que me mosquea es que diga que hay aquí naves desconocidas. Supongo que deben ser extraterrestres. Pero si es así, ¿son amigas o enemigas? Igual va a empezar un tiroteo entre ellos de un momento a otro; sería justo lo que nos faltaba.

—Irina, ¿a ti te suenan?

Sé que es muy improbable que nuestra IA reconozca las señales de unos motores de una especie alienígena a más de quince mil
años-luz
de donde la crearon, y mucho menos si han sido diseñados mil años en el futuro, pero nunca se sabe, aunque no me hago muchas ilusiones al respecto.

No obstante, mi coesposa se pone a analizar los datos. Para mi gran estupefacción, su rostro robótico —no muy dado a las expresiones— de pronto cambia a un gesto de verdadera felicidad. Y aún no me he recuperado de mi pasmo cuando me abraza, me levanta en volandas, dándome unas cuantas vueltas. Creo que casi se me desencaja la mandíbula de asombro. Jamás he visto a Irina tan emocionada.

—¡Son los Bina'ai! —explica, dejándome de nuevo en el suelo—. ¡Los humanos vienen acompañados de los míos! ¡Sobrevivieron a su búsqueda!

No sé si puedo abrir aún más la boca, pero desde luego que parece que lo estoy haciendo. Recuerdo que una vez nos encontramos con las inteligencias artificiales que sobrevivieron a la *Guerra de las Máquinas*. Fue una experiencia digamos… curiosa. Irina y yo estábamos atrapadas, y ella me pidió que cantara. Mi canto, por extraño que parezca, reverbera en la cuarta dimensión, que es la dimensión de la mente, y al hacerlo, de alguna manera las cambié. Al igual que Irina, perdieron su fría lógica, adquirieron emociones, se convirtieron en seres sintientes de verdad.

De pronto siento un escalofrío. Cuando los
Bina'ai
se despidieron, me explicaron que iban a proteger a los seres orgánicos de un Destructor. ¿Y están ahora aquí, unos mil años después? ¿Precisamente aquí? Se me ponen los pelos de punta. Creo que el Destructor al que se referían es precisamente el que está buscando el *Orbe*.

—¿Todo eso son naves aliadas? —Azul se acerca a los dos técnicos, intentando tranquilizarlos. Lo sé porque está usando emociones *psi* para hacerlo y está tan excitada que hasta yo puedo detectarlas—. ¡Es fantástico! ¡Hay que comunícaselo al *Cónclave del Gran Prisma*! ¡Aêñv, pide audiencia, deprisa!

El Arpidianno se pone a escribir un mensaje cuando notamos el temblor de la cubierta. Nos volvemos, y para nuestro desconcierto de los hangares que nos rodean están saliendo cazas y otras naves de combate. Justo por debajo de nosotros está saliendo un verdadero enjambre de interceptores, y buques cristalinos se están desenganchando en alguna parte por encima de donde estamos. Tiene toda la pinta que los dueños de *Frontera* están preparándose

para el combate.

—Me han puesto en espera —informa Aêñv—. Es como si la información no les interesase.

Nos miramos, asombrados. ¿No les interesa saber quién acaba de llegar a su patio? Me parece que vamos a tener una verdadera matanza de un momento a otro, solo porque algún gerifalte está demasiado ocupado para atender los mensajes.

—Esto es ridículo —estalla Jass—. ¡Vayamos en persona a decírselo antes de que todo se descontrole!

—No han sido invitados —advierte Azul—. Podrían malinterpretarlo, y…

—Lo sé, embajadora, por eso nos acompañará —indica Jass, tomándola del brazo—. Si no intervenimos, puede que esos de ahí fuera acaben a tiros. Vayamos a su palacio de cristal, plantémonos ante la puerta y gritemos que son de los buenos. ¡No podemos quedarnos cruzados de brazos mientras estalla una guerra sin motivo entre nuestras civilizaciones!

—No es el peor plan que he oído —gruñe Groar, asintiendo, y es obvio que tiene razón—. ¿Tenemos un transporte que podamos usar para llegar hasta el *Cónclave*?

—Los Arpidiannos lo conseguirán ahora mismo —indica Azul, soltando uno de esos horribles chirridos con los cuales se comunican estos seres.

Entonces noto… algo. Es como si todas las naves grandes estuvieran emitiendo señales *psi*, lo cual es ridículo. Una en concreto me llama la atención, puesto que es mucho más potente que las demás, aunque cuando voy a inspeccionarla observo que Lía ya lo está haciendo. Dudo un instante. Todo el ser de Lía transpira emoción y *alegría*. Creo que quien quiera que sea ese ser al que se ha conectado la doctora, es conocido suyo. Frunzo el ceño, sorprendida. ¿Desde cuándo los seres humanos tienen capacidades *psi*? La única con la que me había encontrado durante toda mi vida con una capacidad mental similar a la mía ha sido Lía, y ella ha nacido mil años después que yo.

Tara me toca un brazo, llamando mi atención, y dejo de concentrarme en esas señales.

—Voy a por lo que trajimos para los Cradnian.

La Krogan sube corriendo la rampa del *Viento Solar* y regresa

enseguida, cargando con el siniestro cubo negro que la diosa nos encargó entregar a nuestros anfitriones. El trasto ese sigue soltando de vez en cuando un etéreo vapor azulado. A mí, personalmente, me parece algo tétrico.

—¿Todos listos? —pregunto. Entonces intento dirigirme a los Arpidiannos de la misma manera que lo hace la doctora. Espero que me entiendan, dado que aún no me he acostumbrado a sus patrones mentales—. ¿Nos guiais, por favor?

Me deben haber comprendido, porque uno de los Arpidiannos abandona su pantalla y eleva el vuelo, dirigiéndose hacia la parte trasera del hangar.

—*Seguidme.*

Salimos todos corriendo, salvo Lía, que sigue comunicándose con quien sea, e Irina, que ya acordamos que iba a vigilar a Stefan. Vale, se supone que ya es adulto, pero últimamente ha metido demasiadas veces la pata. Mejor que alguien le eche un ojo. Además, están los chiquitines de Tara. Ella no se quedaría tranquila si solo estuviese mi segundo marido.

—¡Me quedo a vigilar el regalo de los dioses! —grita de pronto Niros, deteniéndose—. ¡No podemos dejarlo aquí sin más! ¡Luego nos vemos!

El Arpidianno nos lleva a una pequeña nave abierta; si fuera un barco, supongo que podríamos llamarlo un esquife. Lo sé porque mi padre era un gran aficionado a hacer maquetas de barcos, y tenía varios ejemplares de ese tipo.

Saltamos al interior y Aêñv se deja caer en el puesto de pilotaje. Efectivamente, el esquife es pequeño; cabemos todos de casualidad y vamos apretujados. Pero apenas nos hemos acomodado cuando el piloto pone los motores al máximo, y con un tremendo rugido nuestra pequeña embarcación sale disparada por un pasillo a una velocidad suicida.

Salimos al anillo principal, y se me ponen los pelos de punta: Hay miles de naves de todo tipo volando en todas las direcciones, especialmente un montón de vehículos armados que se precipitan hacia los hangares. Hay que estar chiflado para meterse ahí a la velocidad a la que vamos.

Está claro que Aêñv está loco de remate o desesperado para detener esta guerra, porque se lanza al gigantesco caos de naves,

girado a derecha e izquierda, subiendo, bajando, esquivando otras embarcaciones por apenas centímetros. No notamos nada de los giros, por supuesto, dado que el esquife compensa la inercia de nuestros cuerpos, pero no puedo menos que agarrarme fuerte y cerrar los ojos, porque me estoy mareando viendo estas maniobras. Yo soy una magnífica piloto, pero intentar repetir esto sería un verdadero suicidio.

De pronto chocamos contra algo, porque todos notamos la sacudida a pesar de la compensación de la gravedad. Entonces oigo una pequeña explosión en la parte posterior y al volverme veo que nuestro esquife está echando humo. El piloto está bajando, intentando evitar que nos estrellemos.

—*¡¡Agárrense!!*

La cosa va mal, porque percibo la *preocupación* de nuestro piloto. Veo entonces hacia dónde nos dirigimos, a una plataforma cercana. Si llegamos, va a ser por los pelos.

Hay unos Cradnian en la plataforma, haciéndonos gestos para que nos detengamos, pero nuestro vehículo ya está fuera de control. Caemos justo delante de ellos, haciendo que tengan que saltar a un lado para no ser arrollados, mientras nuestro esquife se va desintegrando poco a poco, frenando de costado. Finalmente, nuestra nave vuelca, y somos todos lanzados al exterior. Por suerte, caemos en el lado opuesto a la marcha, porque en caso contrario nuestro vehículo nos habría aplastado. Levanto la cabeza cuando llego al suelo, y veo cómo el esquife va destrozando todo lo que encuentra en su camino, hasta embestir a otra nave similar y caer con ella por encima del borde. Siento un escalofrío cuando al cabo de unos segundos oigo el estruendo de las dos naves destrozándose contra el suelo. Nos ha ido de un pelo.

Los Cradnian nos están rodeando incluso antes de que nos levantemos; parecen bastante cabreados. Además, otros esquifes se están acercando de forma precipitada, y todos nos están apuntando con sus armas. Debe haber cerca de quince alienígenas por cada uno de nosotros, Aêñv y Azul incluidos.

Groar y Tara empuñan al instante sus armas, en un acto reflejo. Sin embargo, Azul en este caso se cuelga del cañón de plasma de nuestro guerrero, intentando bajarlo. No es que pueda, claro, pero al menos lo intenta. Al final, se coloca delante, para que Groar no

pueda disparar sin darle a ella.

—¡No-no-no-no! ¡Venimos a dar un aviso, no a luchar! ¡¿Qué pensaría usted si uno de los míos estrellara una nave en su lugar más sagrado?!

—Le dispararía, y esperaría que se defendiera —gruñe nuestro guerrero, claramente molesto.

—¡Aêñv y yo vamos con ustedes, somos embajadores! ¡Deme un minuto, por favor!

Entonces oigo a mi espalda la voz del sargento Jass con un tono que me pone los pelos de punta.

—¡Nuestro piloto está fuera de combate! ¡Un médico!

Me vuelvo. Jass tiene razón, Aêñv se ha llevado la peor parte del accidente y está claramente lesionado. Tiene una enorme brecha encima del ojo izquierdo, que además se ha inflamado hasta tener casi el doble de su tamaño normal. La herida está también sangrando de lo lindo, con una sangre color granate rarísima. Por suerte está inconsciente, porque eso debe doler muchísimo. Una de las alas también parece como si estuviese rota.

Saco al instante mi autodoctor portátil y me pongo a curarle, mientras el sargento lo sujeta, intentando que sufra lo menos posible.

No resulta nada fácil, porque mi autodoctor no reconoce a esta especie, pero al menos logro que suture la brecha y baje un poco la inflamación del ojo. No ayuda nada a mi concentración que Azul esté discutiendo a mis espaldas con los guardias. Puedo oírlos con la mente, y es como si estuviesen tirando todo tipo de cristales contra el suelo. Es tremendamente desagradable.

Aunque la cosa no parece ir a mejor, porque el tono de la discusión es cada vez peor. Tengo la impresión de que a los guardias lo único que les interesa es que hemos ido a estrellarnos delante de ellos, y les importa una mierda todo los demás. Siento la *desesperación* de Azul al ver que no están atendiendo a ningún tipo de razones.

—Esto no va a acabar bien, embajadora —interviene de pronto Svarni, y creo que está diciendo una verdad como una casa. O hacemos entrar en razón a estos cabezotas, o cualquier estupidez por parte de la estación o de la flota que hay ahí fuera va a terminar en una matanza, y no tengo nada claro de que seamos nosotros los

que vayamos a sobrevivir, por muy poderosas que sean las armas de los Cradnian. Ahí fuera hay *millones* de naves apuntándonos con todo lo que tienen. Basta una chispa para que todo estalle.

Miro un instante a mi alrededor. Los Cradnian nos están apuntando con todo tipo de armas, y mi nido está apuntándoles a ellos. Como no tengan cuidado, ni siquiera nos vamos a tener que preocupar de una posible batalla: Como cualquier Cradnian se pase lo más mínimo de rosca, los Krogan van a organizar aquí una escabechina que no veas. Y sospecho que el sargento Svarni no se va a quedar atrás. Aunque estemos en inferioridad numérica, creo que los Cradnian no tienen ni la más remota idea de la clase de guerreros a la que se están enfrentando.

—El sargento tiene razón, alguien va a salir herido si seguimos así —indica entonces Azul—. Tanit, dame la mano un momento.

Hago lo que me pide, abandonando por un instante al paciente, aunque sin tener ni idea de lo que pretende. Durante un segundo, la Cradnian toca mi psique y redirige mis poderes hacia el guerrero que nos está reteniendo. Es un toque muy suave, casi imperceptible, escudando su acción mientras le habla, insistiendo en que toda la estación e incluso toda la especie pueden desaparecer por su culpa, puesto que es imposible detener a millones de naves que nos están apuntando con una infinidad de armas.

Supongo que está usando mi mente para hacer eso en vez de la suya para que el otro no pueda detectar que le está manipulando; después de todo, el Cradnian también tiene poderes telepáticos. Sin embargo, mi mente es lo suficientemente diferente para que no note lo que Azul está haciendo conmigo.

Y funciona. El capitán patea el suelo con furia y nos ordena que le sigamos mientras sus compañeros llevan a nuestro piloto al hospital.

Yo en cambio suelto la mano de Azul y la miro, totalmente perpleja.

—Eso que has hecho ha sido impresionante.

—Querrás decir que *hemos* hecho. Habrás notado que me he apoyado en ti. ¿No?

—No sabía que se podía hacer nada semejante.

—Digamos que es sencillo cuando aprendes. Vamos.

Avanzamos, mientras un esquife médico se deja caer a donde

estábamos para evacuar a Aêñv. Espero que esté bien. Con el autodoctor solo le he logrado estabilizar, pero no curarle. Tienen que llevarle a un hospital lo antes posible.

Nos adentramos en lo que parece un palacio, el más extraño que haya visto nunca. En teoría, con tantos Cradnian rodeándonos, no debería poder ver nada, mas este lugar es tan inmenso que puedo ver las paredes y los techos incluso por encima de nuestros guardianes, y es lo más asombroso que haya visto nunca, con una amalgama de colores cristalinos, casi todos de tonos fríos, que de alguna manera evocan una tremenda sensación de nostalgia y tristeza.

A medida que nos adentramos en la caverna, descubro las más extrañas y hermosas obras de arte que uno pudiera imaginar. No se trata de pinturas, sino increíbles esculturas y juegos de luces y color que hacen que mi mente casi resuene. Las suaves aristas y curvas forman unas sublimes combinaciones de cristal, enfatizadas con unas notas *psi* que añaden una gran cantidad de matices que una persona normal no hubiera podido entender. Jamás he visto nada más hermoso.

Tardamos casi una hora en llegar al final del palacio, hasta una puerta. La miro suspicaz cuando me doy cuenta de la enorme cantidad de energía *psi* que emite. Debe ser nuestro destino.

Un Cradnian aparece ante nosotros y nos detiene. Veo que Azul me está mirando y trago fuerte. Hicimos trampa para entrar, y es posible que se hayan dado cuenta. Espero que no sea así, porque como intenten encerrarnos, los Krogan van a organizar una batalla campal, y les importará una mierda nuestra supuesta inferioridad numérica.

Pero no debe ser eso, porque señala a los Cruzados. De nuevo oigo otra vajilla cayéndose al suelo, pero Azul traduce: El *Gran Prisma* solo está dispuesto a recibir a un único humano, siempre y cuando esté desarmado.

El sargento Svarni se adelanta al instante, con las palmas hacia delante, consiguiendo que le apunten todos los Cradnian. Con una delicadeza sorprendente se ofrece a explicarle al *Gran Prisma* quiénes son los recién llegados, prometiendo que no son una amenaza y que contactará en persona con la Flota si fuese necesario.

El que nos ha detenido parece considerarlo durante un instante. Al menos no parece ser tan cerrado como el que nos paró después del accidente, porque después de intercambiar unas palabras con Azul le hace un gesto al sargento de que puede pasar. Este le deja las armas a Jass y entra junto con la Cradnian, mientras los demás se quedan vigilándonos.

Tarda menos de lo que esperamos, poco más que un cuarto de hora, y cuando sale tengo la impresión de que viene muy pensativo. Claro que es muy difícil de decir en esa armadura negra. Jass se acerca al instante, seguido por las armas de los Cradnian, pero el gigantesco sargento nos mira por encima del hombro de su compañero.

—Me dicen que pueden pasar cuando gusten.

Avanzamos sin más, y por curioso que parezca, nuestros vigilantes no nos piden las armas, como sí habían hecho con el militar. Igual es que se imaginan que los Krogan dispararán primero y preguntarán después si alguien intenta desarmarlos.

Entonces, para mi sorpresa, oigo a mis espaldas gruñir a Groar en tono amenazador.

—Si vuelves a agarrarme así, te arrancaré el brazo.

—No sería la primera vez —suelta el sargento Svarni.

—Ké, ké, ké, ké. No te largues, canijo. Tenemos asuntos que resolver antes de separarnos. Nos veremos las caras en el hangar.

—Perfecto. Allí te espero.

Me vuelvo, sorprendida. Esos dos parecía que se habían hecho grandes amigos. ¿Y ahora se están peleando? Sin embargo, antes de que pueda preguntar, el Krogan lanza un gruñido en dirección al Cruzado, me agarra del hombro y hace que me gire de nuevo hacia la entrada.

—¿Qué ocurre? —pregunto por nuestro comunicador.

—Luego te lo cuento —me contesta—. Ahora nos están esperando.

Entramos y me quedo con la boca abierta. Lo que llaman el *Cónclave del Gran Prisma* es una especie de gigantesco monolito de veinte plantas de alto. Emite destellos de luces multicolores, como si fugaces pensamientos corriesen por su superficie. No sé si es un único Cradnian o la aglomeración de miles de ellos a través de los eones, pero siento un poder *psi* increíble emanar de él.

Inspecciono la sala, incapaz de ocultar mi perplejidad. No sé qué ha ocurrido, pero aquí ha tenido lugar una enorme explosión, como si alguien hubiese lanzado una bomba de gran potencia. El pavimento está resquebrajado por todas partes, y hay muchos cristales por el suelo. Hasta el gigantesco monolito parece estar agrietado, hay varios Arpidiannos y Cradnian intentando reparar las fisuras.

Azul está en el centro de la sala, como enraizada en el suelo. Supongo que está aquí para hacer de intérprete o algo así. Quizás ese monolito no sea capaz de hablar con nosotros sin más.

Tara y Groar por su parte están inspeccionando nuestro entorno con suspicacia. Les hago una seña para que bajen las armas. Aquí, si hay peligro, será mediante ese inmenso poder *psi* que estoy detectando, y las armas de los Krogan serán perfectamente inútiles.

—Tanit. Humana. Enviada de los dioses.

El pensamiento es claro como un cristal, pero siento que está siendo filtrado por Azul. De alguna manera, el *Gran Prisma* parece reacio a dirigirse directamente a mí. Para extrañeza mía, siento que de alguna manera me tiene *miedo*. No tengo ni idea de a qué se debe eso.

—Hola —respondo, intentando tranquilizarle—. No tengo intenciones hostiles.

Hay un movimiento a la derecha, y los dos Krogan levantan al instante las armas. Sin embargo, el ser que ha aparecido de pronto de forma misteriosa no hace ningún gesto hostil.

—Ella es Aîhn'La'Ính, la Emperatriz Arpidianna. La hemos invitado a esta reunión debido a su importancia.

Le echo un vistazo a la emperatriz de esos pajarracos. Es grande, bastante más alta que los tres metros de Groar, pero no se parece mucho a los Arpidiannos que he visto. Aunque tiene una piel dorada sedosa, sus alas son muy diferentes a los de las demás de su especie: son grandes y semitransparentes de vistosos colores; casi parece una mariposa gigante. Entonces lo comprendo. Aunque los Arpidiannos sean roedores, en realidad la emperatriz es más parecida a la reina de una colmena de insectos. No se parece en nada a los *obreros*.

—Es un placer conocerla,
Aîhn'La'Ính.

La emperatriz no contesta, mas hace una especie de inclinación y agita las alas en lo que parece un saludo.

—*¿Cuál es tu misión? ¿Qué te ha traído hasta Frontera?*

Francamente, la pregunta tan seca del Gran Prisma hace que frunza el ceño. Parece casi maleducado. Noto la *sorpresa* de la emperatriz; también se ha dado cuenta de que por alguna razón el *Gran Prisma* está muy molesto conmigo, aunque no tengo ni idea de por qué es el caso.

—Me ha enviado una diosa… eh… Protectora —respondo—. Mi misión es recoger el *Orbe de la Transcendencia* y llevarlo de regreso conmigo.

Por supuesto, ni se me ocurre decirle que en realidad la diosa es una Guardiana. Ya nos advirtió ella de que eso era un secreto que había que preservar, y no estoy tan loca como para desobedecerla.

—*Azul nos ha informado que ya has conseguido ese objeto de donde lo escondimos.*

—Así es. —Saco el *Orbe* de mi bolsillo y lo levanto, enseñándolo, aunque no tengo ni idea de si ese gigantesco monolito tiene ojos. Aunque a decir verdad, lo más probable es que no los tenga y nos pueda *ver* con unos sentidos que ni siquiera podamos imaginar—. ¿Me podríais decir el qué es esto?

—*No estás capacitada para saberlo.*

Decididamente, el *Gran Prisma* es un maleducado. Sin embargo, la emperatriz Arpidianna interviene con suavidad.

—*El Orbe de la Transcendencia permite a los dignos acceder al siguiente nivel de la existencia.*

—¿Al siguiente nivel de la existencia?

—*El universo es un juego de cajas, cada una más grande que la anterior, pequeña. Si pudieras reunir los ocho Orbes, podrías ascender al nivel superior. Te convertirías en una diosa para nosotros.*

—*Su especie es aún demasiado patética para ascender* —interviene el Cradnian—. *Aún les queda mucho para llegar a ese nivel.*

—*¿No notas su poder?* —pregunta la emperatriz—. *Esta humana ya está a nuestra altura. Quizás su especie no esté tan lejos de la Ascensión como crees.*

—*¡Pretenciosos primitivos que creen poder desafiar al propio Bai*

A'thok!

¡No saben a lo que se enfrentan!

—*Quizás no. Sin embargo, nosotros pensamos que pueden tener una posibilidad.*

—*En eso discrepamos.*

—*Lo sé.* —La emperatriz se inclina hacia mí—. *Pequeña, ese objeto es peligroso y debes llevártelo lo antes posible y ocultarlo para siempre. Tu misión es importantísima. No debes fracasar.*

Trago fuerte y vuelvo a guardar ese artefacto en mi bolsillo. Ya he adivinado que nos estamos jugando mucho. Ahí fuera hay *millones* de naves que han venido a proteger este *Orbe*. Está claro que es bastante importante que me lo lleve de aquí. No tengo muy claro de por qué debo hacerlo, pero cada vez es más evidente que la diosa no nos ha enviado aquí para un simple intercambio. Algo muy gordo está ocurriendo, aunque tengo la impresión de que nadie quiere contarnos qué es lo que está pasando exactamente. A decir verdad, tampoco estoy muy segura de que quiera saberlo.

En fin, más vale que terminemos aquello para lo que hemos venido, porque esta conversación me está dando muy mala espina. Hago un gesto hacia la negra caja que Tara aún está sujetando.

—La diosa nos dio algo para vosotros.

Uno de los Cradnian deja lo que está haciendo y toma la caja que Tara le ofrece. Me sigue pareciendo siniestra, mas tanto la emperatriz como el *Gran Prisma* emiten un evidente suspiro de alivio *psi* cuando mi coesposa entrega el regalo de la diosa. Sea lo que sea esa cosa, ellos saben lo que es y casi parece como si fuera la respuesta a sus plegarias.

—*Agradecemos el regalo que nos ha traído.*

Me sorprende que el *Gran Prisma* de pronto esté tan amable. Es obvio que por alguna razón que desconozco me detesta a mí y a los humanos, pero el regalo que les he traído debe ser algo que necesitan con verdadera desesperación, es bastante obvio, incluso para mí.

—Es un placer. ¿Puedo saber qué es ese objeto? ¿O no me lo queréis decir?

Supongo que ahora la que está siendo un poco maleducada soy yo, pero francamente, no entiendo la hostilidad de los Cradnian; yo no les he hecho nada.

Por un instante, parece que no van me van a contestar. Sin embargo, tengo la sensación de que la emperatriz Arpidianna ha debido decirle algo al monolito que yo no he podido detectar. El *Gran Prisma* entonces responde con un matiz de reluctancia que a su pesar no logra ocultar.

—Este regalo nos permitirá poner a Frontera *a salvo si fuera necesario.*

Abro mucho los ojos.

—¿Poneros a salvo? ¿Cómo?

—Todo el planeta se trasladará a un lugar donde Bai A'thok jamás podrá encontrarlo.

A decir verdad, ni siquiera me sorprende. Eso es exactamente lo que la diosa nos prometió hacer si regresábamos con el *Orbe*. Puede parecer una locura, pero yo una vez vi a un planeta completo desaparecer ante nuestros ojos. Supongo que es una tecnología tan avanzadísima que a todos los efectos nos parece divina.

—Entiendo. Gracias por explicármelo.

El Cradnian parece dudar. *Siento* un conflicto en su interior. De alguna manera, detesta a los humanos, aunque no sé por qué, pero por otra parte parece también profesar un renuente respeto. Algo ha ocurrido aquí que hace que tenga sentimientos encontrados respecto a nuestra especie, los Krogan parecen dejarle por completo indiferente.

—No hemos querido insultarla —se disculpa de pronto—. *Su especie es en cierto modo… contradictoria. No podemos luchar a su lado, puesto que nosotros servimos a otros fines.*

—No creo que les haya pedido que luchen a nuestro lado —me sorprendo.

—No, no lo ha hecho. Tampoco lo ha pedido el sargento Svarni, para nuestra gran sorpresa. Son una especie extraña. Es una lástima que no podamos llegar a conocernos mejor. —Durante un instante, una cálida luz ilumina el interior del gigantesco monolito—. *Gracias por su regalo, pequeña. Que el Guardián Supremo guíe siempre sus pasos en el futuro.*

Ante tan clara despedida, es obvio que la conversación ha terminado. Aunque a decir verdad, ya estaba deseando largarme, porque no me ha gustado ni un pepino. He tenido en otras

ocasiones discusiones con alienígenas, mas no recuerdo ninguna tan desagradable, y francamente, no entiendo el porqué.

—Adiós.

Salimos de nuevo al exterior, y para mi extrañeza ya no están los Cruzados. Además, apenas hay guardias. Esto es muy raro. Es casi como si nos considerasen inofensivos, y desde luego que mi nido no lo es.

—Por aquí —nos indica Azul, que ha salido con nosotros.

Hacemos en silencio el camino de vuelta hacia el exterior, y de nuevo me admiro de la maravillosa obra arquitectónica que nos rodea. No es solo el cristal, son todos los matices *psi* que emite. Es casi una sinfonía. Triste y melancólica, pero una sinfonía al fin y a al cabo.

Llegamos al final a la pista de entrada, y los Cruzados nos están esperando allí, vigilados a cierta distancia por los Cradnian y acompañados por once Arpidiannos. Su jefe es enorme, tan alto como Groar, y nuestro guerrero al instante se pone en guardia. Yo, en cambio, no me preocupo. Por el pelo blanquecino de su piel, lo arrugado que está y lo desgastados que están sus incisivos está claro que estamos ante un anciano. No creo que suponga ningún peligro.

—Te presentamos a Âaáveal Vaiâal, suprema guardiana del conocimiento —explica el sargento Svarni cuando nos acercamos—. Vamos a recoger a Lía y luego ir a… ¿al *Carasay*?

—Así es —responde la criatura, que por lo visto es una hembra. A decir verdad, yo soy incapaz de diferenciar los sexos de esta especie, todos me parecen iguales.

—Es una especie de biblioteca —aclara Jass—. Resulta que necesitamos unas instrucciones para poder montar el aparato que nos has traído.

Hago una mueca. No puedo decir que me extrañe, el trasto ese que hemos traído para los Cruzados es raro de narices. Supongo que es bastante lógico que necesiten un manual o algo parecido, aunque me sorprende que los Arpidiannos tengan esa información en una biblioteca. Ese cacharro viene de un ser tan avanzado que a todos los efectos parece una divinidad, y me extraña que estos pajarracos se hayan podido familiarizar con su tecnología. Aunque después de ver que parecían reconocer el artefacto negro que les hemos traído, igual no es tan sorprendente. Después de todo, Arpidiannos y

Cradnian forman parte de un imperio caído. Supongo que en sus días de gloria las dos especies debían poseer una tecnología y unos conocimientos casi inimaginables.

—Ah, vale. ¿Qué tal está Aêñv?

La anciana Arpidianna me mira con lo que parece cierta curiosidad.

—El sanador está ocupándose de él. Se recuperará. —Hace lo que casi parece una reverencia—. Sabemos que lo curaste después del accidente. Agradecemos tu ayuda, podría haber muerto antes de llegar hasta él.

Me encojo de hombros. No me gusta que la gente esté dándome las gracias, ni siquiera si son extraterrestres.

—Cualquiera habría hecho lo mismo. Aêñv nos estaba ayudando, y salió herido al hacerlo. Era lo mínimo que podía hacer.

Âaáveal Vaiâal me mira con sus grandes ojos. Veo que tiene una especie de telilla sobre uno de ellos, como si estuviese quedándose ciega. Parpadea y vuelve a inclinarse brevemente.

—Aún así, agradecemos la asistencia que has prestado a uno de los nuestros. No lo olvidaremos. Ahora sugiero que nos vayamos.

Subimos a la barcaza de los Arpidiannos y en cuestión de minutos llegamos al hangar. Al menos este viaje ha sido mucho más tranquilo que el anterior. Claro que el tráfico por el interior de la estación ha disminuido muchísimo: Está claro que Cradnian y Arpidiannos han comprendido que la flota que hay ahí fuera no viene a atacarlos y las cosas se han calmado mucho. Menos mal, porque durante un rato yo estuve con un canguelo enorme de que todo terminase a tiros.

—*Art'Ana* —me avisa Irina por el comunicador a la que llegamos—. *He recibido una petición de los Nexos Ancianos Bina'ai.*

—¿Una petición? —pregunto—. ¿De qué?

—*Para echarles una mano. Asesorarles. Ha sido muy extraño.*

—¿Por qué?

—*Porque no me lo han ordenado. Han pedido que lo consultase con mi Nexo. Contigo.*

Parpadeo, perpleja. Las máquinas inteligentes tienen una jerarquía basada en su capacidad de computación. No pueden sustraerse a las órdenes de una máquina de mayor poder

computacional. Que los dirigentes de esa especie acepten que Irina está subordinada a mi nido y a mi autoridad es cuanto menos… raro. Yo ya me encontré en el pasado con esta especie, y nuestro encuentro fue… digamos agridulce. No nos separamos en malos términos, pero la verdad es que tampoco tengo mucho interés en contactar con ellas. Aunque, a decir verdad, creo que por ahora se supone que debemos estar más o menos todos en el mismo barco, si las máquinas también pertenecen a esta alianza.

—Puedes asesorarles, Irina, por mí no hay problema. ¿Te han dicho sobre qué quieren que les asesores?

—Negativo, Tanit. Los Nexos Ancianos también quieren hablar contigo.

Se me abre la boca. ¿Y qué es lo que quieren hablar conmigo unas máquinas inteligentes?

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—No me lo han dicho. Sin embargo, no les parece correr prisa. Eso sí, han insistido mucho al respecto. Creo que es importante.

—Bueno, pues ya veremos. Creo que tenemos cosas más urgentes que hacer.

—Afirmativo. Lía me ha pedido que conecte nuestros sistemas de comunicaciones con sus armaduras.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué?

—No lo sé. Igual es que no quieren que se enteren los Arpidiannos de lo que hablamos.

Vaya, esto es muy raro. En fin, igual hay algo que no me han contado de todo lo que está pasando aquí. De todas formas, cuando desembarcamos tanto Âaáveal Vaiâal —conjeturo que es una ingeniera— como su grupo se mantienen a cierta distancia, como si nos quisieran dar espacio. Tengo la impresión de que las suspicacias deben ser mutuas.

—En primer lugar, ¿qué tal las reuniones? —se interesa Lía a través de nuestro enlace de comunicaciones una vez que nos hemos juntado.

—La nuestra fue muy extraña —contesto—. Es como si quisieran el regalo, lo agradecieran más que nada en el universo, y al mismo tiempo me odiaran a muerte.

—Eso es culpa mía —confiesa la doctora—. Tuvimos…

diferencias, en nuestro primer encuentro.

La miro, sorprendida. De pronto recuerdo que cuando nos acercamos a *Frontera*, noté como un estallido *psi*. Creo que ya sé el qué fue aquello, y empiezo a entender la hostilidad del *Gran Prisma*. Vistos los daños causados, aquello debió ser una verdadera batalla, y creo que los Cradnian no fueron precisamente los ganadores, lo cual es un poco sorprendente: El poder de Lía debe estar más o menos a mi nivel; no sería partido para ese monolito. A menos, claro, que los alienígenas hubieran hecho algo que la sacase por completo de sus casillas. Algo así me pasó a mí una vez, y mi furia aumentó mis poderes de tal manera que fui capaz de desintegrar a un monstruo de diez metros de altura.

—¿Se organizó todo el desastre de la cámara del *Cónclave* mientras os peleabais?

La mujer me mira y siento su sorpresa, aunque no sé por qué está tan sorprendida. Quizás haya dicho algo raro. Entonces sacude la cabeza.

—Nos confundieron con unos viejos enemigos.

La miro extrañada. Eso es muy raro.

—¿Cómo pueden confundirse dos especies?

—Porque no todas las razas percibimos el mundo igual, del mismo modo que unos confunden individuos, otros confunden especies —interviene Azul—. Mis ancianos se equivocaron, aunque nunca admitiré haberlo dicho en voz alta.

Eso hace que me ponga incluso más suspicaz. Aquí hay algo que no me cuadra.

—Sé que me estáis ocultando algo. Me dijisteis que estábamos trabajando con poca información, y vosotras mismas me omitís detalles. —Frunzo el ceño, molesta—. *No me gusta meterme en problemas porque me falten datos, ya me pasa demasiado a menudo teniéndolos.*

Lía mira a mi nido, luego a sus compañeros e incluso a la Cradnian que está con nosotros. Parece dudar, así que le pego un pequeño tirón mental, solo para que se dé cuenta de que yo también estoy a su altura. Entonces suspira, rindiéndose.

—En este tiempo hay una guerra entre la especie humana y una raza alienígena, los *Cosechadores*. La Flota que ves ahí fuera se ha preparado durante mucho tiempo para lucharla. Estoy segura de que ya en tu época, la humanidad no había tenido mucho contacto

con Xenos en este brazo galáctico. La explicación es simple: no quedaba ninguno con el que contactar.

Ladeo la cabeza, pensativa. Es verdad que los humanos no hemos descubierto muchos alienígenas. Lo que Lía no sabe es que mi madre encontró a dos especies en la colonia de Thuis. Sin embargo, por alguna razón que desconocemos, el gobierno —o mejor dicho, una tercera especie alienígena que se había infiltrado en el gobierno— quería exterminarlos. Si estamos aquí es precisamente porque el éxito de nuestra misión nos permitirá protegerlos de la extinción.

—Eso es porque hay una fuerza destructora suelta que vamos a tratar de detener —continúa Lía—. Algo con un poder inimaginable, que no puede ser derrotado por métodos convencionales.

Frunzo el ceño. Que había un Destructor suelto ya lo sabía; después de todo, los
Bina'ai
vinieron a este brazo de la galaxia para combatirlo. Los Laarneis en cambio se habían encontrado con toda una especie destructora, los Bai
R'the,
que hicieron caer la luna sobre su mundo y que luego se habían infiltrado en el gobierno del Sistema Solar. Sin embargo, lo que está insinuando Lía es algo muchísimo peor que esa raza de asesinos.

—¿Hablas de un Dios Destructor?

—De algo peor, de un Dios Caído —aclara Azul—. Fue desterrado, y encerrado en una prisión para mantenerlo contenido. Por culpa de la arrogancia de mi especie, a punto estuvo de poder liberarse. Aniquiló nuestra civilización y las de todos los que preservamos en *Frontera*.

No puedo evitar un escalofrío. Yo ya me he encontrado en el pasado con seres multidimensionales cuyos poderes son tales que cualquiera los consideraría dioses. No sé si esos poderes son debidos a su capacidad mental o una tecnología que para nosotros es indistinguible de la magia, pero son capaces de hacer lo que a nosotros nos parecen milagros. De hecho, nos hemos embarcado en esta aventura para que una diosa traslade el planeta donde viven los Laarneis y los Urgh —además de mi madre y mis abuelos— a un lugar donde no los puedan encontrar los Bai

R’the.

¿Y un ser así está desterrado en nuestro universo? ¡Por lo que está diciendo la Cradnian, ese ser ha destruido civilizaciones enteras!

—Ese es un enemigo muy poderoso, incluso para una flota tan formidable como la que hay ahí fuera.

Para desconcierto mío, todos los humanos se encogen de hombros. No parece resignación, es casi como si fuera algo que no tuviese mayor importancia. *Bah, un dios más o menos… ¡qué más da!* Está visto que estos Cruzados son de una pasta muy especial.

—Por eso necesitamos tu ayuda, Tanit —responde Lía, suspirando—. No en una tarea complicada, aunque sí que es peligrosa —inspira hondo—. He hablado con mi superior, la Triarca de la Orden de la Vida, y me ha pedido que negocie contigo en nombre de la alianza que la Flota ha formado. A decir verdad, no sé qué podríamos darte a cambio, salvo reconocimiento y gratitud.

Groar gruñe, fastidiado. No le gusta que intenten comprar nuestros servicios, pero tampoco va a decirlo tan a las claras.

—Ya nos habéis dado algunas armas y armaduras interesantes —advierte.

—No compensan lo que necesitaríamos de vosotros —explica la doctora—. Lo único que le falta a Bai

A’thok

para liberarse y destruirlo todo, es el *Orbe* que te han encomendado recuperar.

Echo mano al compartimento de mi traje donde había guardado ese artefacto y lo extraigo. Brilla intensamente, con una luz casi celestial. Siento su poder, palpitando debajo del cristal que lo protege. Es pequeño, en apariencia insignificante, y sin embargo… de alguna manera siento que es casi inabarcable. Tengo que investigar este trasto antes de llevarlo a donde sea que la diosa quiera que lo llevemos. De alguna manera, me recuerda al amuleto sagrado de los Krogan, y sin embargo esa reliquia, con todo su poder, palidece contra este

lo-que-sea

que estoy sujetando.

Inspiro, abandonando esos pensamientos, y lo levanto hacia la doctora.

—¿Esto?

Asiente con reluctancia.

—Exacto. Simplificándolo mucho, es una llave. La última que le falta para abrir sus grilletes y liberarse. Hará *lo que sea* por conseguirla.

Me quedo a cuadros. Esto es mucho peor de lo que pensaba. Ese dios caído está encadenado, y ha destruido casi cincuenta civilizaciones, que son las que habitan *Frontera*, incluyendo a los Cradnian y los Arpidiannos, que tienen una tecnología tan avanzada que es casi inconcebible. ¿Y eso lo ha hecho estando preso? Intento imaginarme el qué podría hacer si llega a liberarse del todo, y mi mente es incapaz de hacerlo. Desde luego que no parece nada bueno.

—¡Entonces estamos perdidos! ¡No se puede luchar contra los dioses!

—Ten en cuenta que Bai
A'thok
está encadenado —interviene el sargento Svarni—. Lo derrotaremos, o moriremos en el intento. —El cíborg se cruza de brazos, enfatizando sus palabras—. Él y sus *Cosechadores* no pueden seguir campando a sus anchas. Los Arpidiannos nos han dicho a Daniel y a mí que poseen las instrucciones de uso para montar y activar el artefacto que nos has traído, así que iremos a buscarlas y lo usaremos contra él. Si es un regalo divino, puede que consigamos herirlo de verdad.

—Me gusta cómo pensáis los humanos —contesta mi esposo. Parece complacido—. Plantar cara a un enemigo tan superior es algo muy honorable. —Groar sonríe de forma feroz—. ¿Qué necesitáis de nosotros, entonces? ¿Queréis que luchemos a vuestro lado?

—No. La única forma que hemos encontrado de detener a Bai
A'thok
es reducir su existencia a la irrelevancia —nos explica Azul—. Los Cradnian hemos consultado a nuestros propios dioses, y creen que podría funcionar.

—La Alianza posee un arma capaz de destruir un planeta, Tanit —interviene Irina—. Los
Bina'ai
me han enseñado los bocetos, y es eso a lo que se referían los…

intermediarios cuando te dieron las instrucciones para este viaje: *En la hora más oscura, dejemos que la verdadera luz fluya a través de la empuñadura del tridente de los defensores de la libertad y disperse las tinieblas.* La nave nodriza terrestre que la lleva montada tiene forma de tridente.

Miro a los Cruzados con la boca abierta. Estamos mil años en el futuro, y era de esperar que la tecnología haya avanzado muchísimo, pero aún así, lo que estoy oyendo es increíble.

—¡¿Tenéis un arma capaz de destruir planetas?!

—Roba la energía de las estrellas y la canaliza en un disparo gravitatorio de magnitud descomunal. —Jass hace un gesto que simula una enorme explosión—. Fue diseñada por un genio terrestre, Ibrahim Marshall, hace más de ochocientos cincuenta años.

—¿Marshall? —Estoy reflexionando furiosamente. Eso debe ser como ciento cincuenta años en mi futuro. Sin embargo, me llama la atención de que haya un genio con ese apellido. Es muy probable que se trate de la familia de mamá, que ya en mi época llevaba cinco o seis premios Nobel acumulados. Además, el nombre parece encajar: Desde que mi abuela Samirah se casó con el abuelo Richard, todos los varones Marshall han tenido un nombre de origen árabe, aunque no sé muy bien porqué—. ¡Puede que seamos familia! ¡Ese es mi segundo apellido!

—¿Por qué será que no me sorprende? —se ríe el sargento, y yo frunzo el ceño. No sé de qué va esto, pero estoy empezando a mosquearme otra vez. Sí, nos han contado de qué va esta historia, pero es obvio que no nos lo han contado todo.

—Estoy teorizando, pero la magnitud de un disparo de esa arma amplificada por el artefacto, sería catastrófica para casi cualquier cosa —interviene Irina.

Ella debe saberlo: Cuando obtuvimos el dispositivo ese, lo estuvo investigando. Apenas le metió una pequeña corriente eléctrica, y el regalo de la diosa casi la destruyó. Si al regalo lo alimentas con la potencia de un arma capaz de destruir un planeta, el resultado debe ser una energía *descomunal*.

—Así que sí que podríais matarlo —deduce Tara. Parece encantarle la idea—. Siempre que lo tengáis a tiro.

—No matarlo, desterrarlo. Eso es lo importante. Es un dios, no

puede morir.

—¿Desterrarlo a dónde?

—Al punto de fuga. Al universo de una dimensión. De acuerdo a los modelos de los que disponemos, llegó a nuestra existencia a través de un agujero negro tridimensional, así que vamos a mandarlo a un lugar del que no pueda volver.

—Ya entiendo vuestro plan. —Groar se cruza de brazos; parece estar reflexionando—. Necesitáis que lo atraigamos al vórtice cuando vayamos a regresar, que se acerque a vuestra línea de tiro y que atravesemos el agujero de gusano en el último momento. Así podríais dispararle con ese cacharro y empujarlo.

—En resumidas cuentas, sí. Ese es el plan.

Para desconcierto de todos nosotros, Groar se echa a reír. Jamás le he visto carcajearse tanto. No sé si los demás humanos se lo tomarán como una burla, pero a través del enlace que comparte nuestro nido noto que en realidad es una muestra de *respeto*. Miro a Tara, luego a Irina. Están tan confundidas como yo. Que el maestro de los maestros guerreros Krogan sienta eso es algo increíble. El *Narl-Narl-En* no suele admirar a *nadie*.

—Los humanos estáis chiflados —ríe—. Me gusta vuestra valentía. ¿Tú qué opinas, *Art'Ana*?

Miro a los que nos rodean, indecisa. Si alguna vez he oído algún plan descabellado, es este: Tenemos un plazo limitado para volver por la anomalía que nos trajo aquí y regresar a nuestro tiempo. Hacerlo mientras nos acercamos al vórtice donde dos agujeros negros se están tocando con un Dios Caído persiguiéndonos me parece una verdadera locura.

El guerrero, por supuesto, ha notado mi indecisión.

—*Será muy honorable* —afirma a través del enlace que une a nuestro nido.

—*Las probabilidades estarán en nuestra contra* —advierte Irina —. *Es muy arriesgado.*

—*Ya visteis el poder de la diosa* —interviene Stefan. Aunque sigue en la nave, ha estado escuchando todo lo hablado porque Irina ha establecido un enlace con el puente, donde él

está con los gemelos. Se le nota acongojado. La diosa le convirtió a él en un conejo. No se puede ni quiere imaginar lo que un dios destructor podría hacernos. Teniendo en cuenta que Azul nos ha dicho que ha destruido decenas de civilizaciones enteras, no es de extrañar. El poder de ese ser debe estar más allá de cualquier cosa que podamos conjeturar —. *Este dios, si viene de un nivel superior al de ella, dejaría sus poderes en ridículo.*

—*Y sin embargo…* —pregunta Tara—. *¿No creéis que haya aquí demasiadas casualidades?*

Suspiramos mentalmente todos a la vez. Es obvio que todos estamos pensando lo mismo: Está claro que aquí hay más de un jugador participando en esta partida. Sin ir más lejos, la diosa que nos ha enviado aquí, aunque sospecho que no es ni mucho menos la única.

—*Parece que* alguien *ha planeado todo esto* —concluyo—. *Y no han sido precisamente los Cruzados.*

—*No* —contestan al unísono.

—*No me hace nada de gracia el hacer de peón en un juego de ajedrez de seres superiores.*

—*La pregunta es… ¿tenemos alguna opción?*

Hago una mueca ante la cuestión que plantea Tara. No tengo una respuesta a eso. Trago fuerte y miro a la doctora.

—Si no lo hacemos, ¿podríais abatirlo?

—Hasta donde sabemos, es indestructible —manifiesta, con verdadero desánimo—. Su prisión es en realidad una estación de combate con forma de Esfera Dyson, del tamaño de un planeta enorme. Podríamos sellarla si todos los humanos tuviéramos poderes *psi* con un orden de magnitud similar al tuyo y al mío, pero no es el caso. Es ahora o nunca. Ya ha destruido dieciocho sistemas. Y hemos salvado el decimonoveno de milagro.

—Espera, Lía —interviene Jass. Parece sorprendido ante la noticia—. ¿Dieciocho?

—Los dieciséis del Sector Varanis, Flandes III del imperio, y Telesto. Al parecer, la Alianza consiguió derrotar una flota falsificada en la órbita de Yriia cuando faltaban horas para la caída del escudo planetario. Me lo ha dicho la Triarca, el tiempo no

transcurre igual en *Frontera*.

Veo que los demás humanos palidecen y creo que yo también lo hago. Tengo la impresión de que están hablando de un desastre inmenso. ¿Dieciocho planetas? Por pocos habitantes que tuviesen, debemos estar hablando de *millones* de personas, quizás incluso *centenares* o *miles de millones*.

—¿Estaban muy poblados? —inquiere Tara antes de que yo pueda preguntar.

—Bastante —responde Lía con evidente franqueza—. Si vuelven a atacar y usan sus armas de verdad y no imitaciones de las nuestras, no podremos detenerlos. El Alto Mando ha traído todas las naves que nos quedan para cerrar esta trampa. Incluso han habilitado buques civiles, soldándoles cañones a toda prisa.

Mierda. Si han hecho eso, entonces es que están verdaderamente desesperados y no es de extrañar, si tantos planetas han sido arrasados. Sin embargo, antes de que yo pueda siquiera abrir la boca, el Krogan interviene.

—Entonces no sé qué duda hay.

Art'Ana,

te pido permiso para ayudar a planear este combate. Me aseguraré de que no se cometa ningún error.

Titubeo un instante. Irina detecta mi duda y me recuerda mentalmente algo que siempre he dicho, ante el asentimiento de los demás

—La minoría siempre debe estar dispuesta para sacrificarse por la mayoría, si fuera necesario.

—Tienes razón —mascullo. No me gusta esto ni un pelo, pero al fin y al cabo soy la matriarca, y el nido parece que lo tiene claro. Después de todo, ya estamos acostumbrados a cometer toda clase de locuras. Me imagino que una más ya no debe parecerles extraño, aunque yo tengo un canguelo que no veas—. No podemos permitir que arrasen ni un planeta más.

—Así sea entonces.

La anciana Arpidianna carraspea a cierta distancia, como si se estuviera impacientando. Es cierto, llevamos mucho tiempo de cháchara.

—Doctora, ¿hay ya convocada reunión del Alto Mando? —está preguntando Svarni.

—Sí, para dentro de un par de horas.

—Todavía tenemos que hacernos con esas instrucciones y ensamblar el arma.

—¿Dónde están? —Frunzo el ceño. Está visto que nos vamos a tener que dar mucha prisa, y estamos perdiendo un tiempo precioso —. Si hacen falta para integrar el regalo de los dioses, debemos recuperarlas cuanto antes. No nos queda mucho tiempo antes de que la puerta se abra y tengamos que irnos.

—Puede que el margen para el ataque sea cosa de pocos microciclos, si el *Orbe* está atrayendo a ese monstruo —apunta Tara.

—Sería un honor que nos acompañaseis —interviene el sargento, mirándonos—. Os explicaremos los detalles del lugar por el camino.

—En marcha, entonces —asiento—. Irina, cuida la nave y… bueno, de Stefan. Ya sabes. Y avísanos si hay algún mensaje más de la flota de la alianza.

Irina por supuesto que ha pillado que en realidad no me refiero a Stefan sino a los cachorros de Tara. Nadie aquí sabe siquiera que existen, ni tampoco vamos a desvelar su existencia.

—Claro.

—Yo tengo que irme —dijo Azul—. Creo que tengo que hablar con la Triarca y algunos diplomáticos más para sellar lo que el *Cónclave* ha prometido a Yuri.

—Perfecto. Si tu gente quiere usar a *Belinda B* para hacer de puente, estás autorizada desde ya —explica Lía—. ¿Te importa decirles a todos lo que hemos ido a hacer?

La Cradnian hace un gesto de asentimiento.

—Te lo agradezco mucho, nos ahorraría bastante tiempo usar vuestra nave para hablar, así solo tenemos que usar los comunicadores de *Frontera* para enlazar a nuestros líderes —responde—. Sobre lo otro, mejor esperemos a que tengáis éxito, para no generar falsas esperanzas. ¡Buena suerte!

Hacemos un gesto de despedida y vamos corriendo al esquife que nos trajo de vuelta. Vaiâal llega antes que nosotros y se pone al instante a los mandos del aparato. En cuanto estamos todos a bordo, despega a toda prisa.

—Tranquila —advierte el sargento Svarni—. Un accidente basta por hoy.

—Los Bai R'the deben estar a punto de llegar con su dios —masculla, acelerando aún más—. No podemos perder el tiempo.

—¿Los Bai R'the? —inquiero, suspicaz. Ese es un nombre que conocemos demasiado bien.

—Los *Cosechadores* —nos informa Lía—. Así se llaman ellos.

Nosotros nos miramos, alelados. O sea que esta guerra es con los alienígenas que se habían infiltrado en nuestra época entre los humanos. Los que destruyeron la civilización de los Laarneis. Un antiguo enemigo que yo detecté y que hizo lo imposible para que no pudiera avisar a nadie de su existencia, asesinando a todos los que se pusieron en su camino. Está claro que alguien terminó descubriéndolos y el resultado no fue precisamente pacífico, lo cual por otra parte no es nada de extrañar, visto lo visto.

Siento un escalofrío, y no es para menos: Resulta que esa especie genocida está aliada con un dios destructor. Las cosas desde luego que están mejorando por momentos.

—*No te preocupes* —me indica Tara con el enlace que une a nuestro nido—. *Cumpliremos nuestra misión, y la diosa protegerá el planeta donde vive tu madre. Estará a salvo, al igual que tus abuelos y los Urgh y Laarneis.*

—*¿Con otro dios buscándonos?*

—*Dijo que nadie podría encontrarlo. Eso incluye a ese dios degradado.*

—*¿Y qué pasa con el resto de la humanidad?*

—*No parece preocuparle mucho a los humanos, puesto que pretenden derrotarlo* —interviene Groar, enseñando los dientes —. *Me ha sorprendido mucho tu especie, Tanit. Su honor es mucho mayor del que jamás imaginé.*

—*No es de extrañar* —asiente Tara—. *Sabes del gran honor de nuestra matriarca.*

—*Lo sé. Es lógico que su raza sea igual. Aún así, es una grata sorpresa.*

La barcaza Arpidianna entonces empieza a descender y a posarse ante lo que parece una oscura gruta. Aterrizamos, y los aviaroides desembarcan y nos hacen un gesto para que les sigamos, penetrando en el interior.

Es lugar es… siniestro, parece sacado de una película de horror. Hay arcadas y puentes que apenas se distinguen en la penumbra,

con aristas afiladas que sin embargo se vuelven suaves justo cuanto todo parece que va a convertirse en una pesadilla. Sin embargo, tengo una sensación extraña, de algún tipo de oscura belleza que soy incapaz de percibir porque mis sentidos son muy diferentes a los seres que lo han diseñado. De alguna manera, hay cierta armonía, y siento que esta oscura construcción tiene matices *psi* que hablan de ecos lejanos del pasado, cuando aún eran grandes y libres; de alguna manera rezuma *solemnidad*.

Pensaba que íbamos a tardar tanto como cuando visitamos el *Gran Prisma*, pero la cueva o madriguera en cuestión apenas tiene medio kilómetro o así de profundidad. El fondo suaviza las extrañas formas, formando un círculo, y de pronto veo estatuas, aunque aún más siniestras que todo lo que he visto hasta ahora: Casi parece como si los Arpidiannos que representan hubiesen enloquecido. En cambio, en el punto más alto hay una figura gigantesca que acaricia un cristal con una de sus tres garras. No sé qué representa y, francamente, me da hasta un poco de miedo preguntar. Este lugar igual no tiene la misma sensación para los Arpidiannos que para nosotros, pero aún así, es inquietante.

Âaáveal se adelanta, ayudándose con las alas para subir el escalón del final y se acerca a la arcada. Parece buscar algo, y entonces pulsa algún tipo de interruptor, porque de pronto todo se pone a temblar. Los Krogan echan al instante mano a sus armas, aunque no parece que sea nada peligroso: Las paredes y arcadas se encienden con un color azul puro, y los ojos de las estatuas y gárgolas que nos rodean se iluminan, ascendiendo hasta la estatua superior, que también se alumbra. Entonces, para desconcierto de todos, la pared se convierte en algo cristalino, azul como el hielo, para hacerse luego de pronto transparente.

Supongo que los demás humanos no habrán contemplado nunca nada así, pero yo no es la primera vez que lo veo. Estamos ante una especie de portal dimensional, lo cual es cuanto menos sorprendente. A los únicos que he visto crear portales así ha sido a unos seres que están tan lejos de nosotros que a todos los efectos podemos considerarlos dioses. Que los Arpidiannos pudieran crear algo similar indica que en la cúspide de su civilización llegaron a alcanzar una tecnología realmente increíble.

—Esta puerta ha permanecido sellada por mucho tiempo —

explica Âaáveal, volviéndose hacia nosotros—. Solo la hemos abierto en casos de extrema necesidad, pues hacerlo a menudo habría atraído la atención del Dios Caído a pesar de la protección que los eventos estelares de Frontera nos ofrecen.

—¿Qué hay al otro lado? —pregunto con curiosidad, mirando hacia las sombras que se insinúan en la semioscuridad detrás del portal.

—El *Carasay*, que en la lengua de los Cradnian significa la fuente de todo conocimiento. Como le dije al sargento Svarni aquí presente, es un pliegue del espacio donde la Federación guardó todo lo que una vez supo. Podía accederse a ella mediante muchas puertas como esta, para que no hiciera falta transmitir lo aprendido por costosas redes de comunicaciones. Su practicidad fue su perdición, pues los que llamáis *Cosechadores* introdujeron aquí a sus cepas, los devoradores de material genético. Aún acechan en las sombras, esperando a los incautos que quieran reclamar el saber de los ancestros.

O sea que nos vamos a meter en una guarida de monstruos. Hago una mueca. Está visto que no va a ser nada sencillo conseguir ese manual de instrucciones.

—Habiendo *Fkashi*, tendríamos que haber traído las granadas de gas —está gruñendo Jass, obviamente molesto—. Está lleno de bichos.

La Arpidianna hace unos gestos apaciguadores.

—No les harán falta sus armas. Una Alta Guardiana mostró interés en el lugar, y se instaló en él. Permite pasar a quienes le gustan, y a nadie más. Examina a los que entran, y aleja a los monstruos de los que le resultan gratos.

—Supongo que los que no le agradan alimentan a los… —A Tara le está costando pronunciar la palabra sin escupir—. ¿*Fkashi*?

—Así es. Embajadora Maart’ing, usted y sus escoltas no tienen permiso para hollar ese lugar. Si lo intentaran, morirían sin remedio. Por el contrario, quien lo habita requiere la presencia de los humanos que la acompañan.

—No creerá que vamos a dejarlos entrar ahí solos, ¿verdad? —gruñe Groar. Parece molesto. Claro que a él no le gusta que piensen que pueda ser fácilmente derrotado—. No hay monstruo al que

nuestro nido no pueda vencer.

—No son los monstruos los que deberían preocuparle, Maestro en Armas, sino la propia guardiana —aclara sin embargo la alienígena—. Nadie en esta estación pondría en duda su valía, ni la de su familia. Con tristeza admito, sin embargo, que yo explico las reglas. No las redacto ni las aplico. La espera no será larga, ya que como les he dicho, este lugar está parcialmente situado en la cuarta dimensión. Es una burbuja, como la brújula que trajo a los demás humanos y a los

Bina'ai

hasta nosotros. El tiempo transcurrirá deprisa en su interior, y volverán incluso antes de que notemos su ausencia.

—¿De verdad no hay alguna posibilidad de que los acompañemos? —pregunto. Me da un no sé qué dejarlos marchar solos a un sitio tan peligroso. De acuerdo, los dos sargentos saben cuidarse, pero no lo estoy tan seguro de Lía, y mucho menos del pequeño pelirrojo.

—Me temo que no. Solo la doctora, ambos sargentos y el señor Niros podrán entrar, si así lo desean. Esas son mis instrucciones.

Suspiro, rindiéndome a lo inevitable. No seré yo quien se enfrente por las bravas a una diosa. Ya tuvimos suficiente con la demostración que hizo una con Stefan, convirtiéndole en un conejito.

—Está bien.

—Iremos a ayudaros de todas formas si lo necesitáis, sargento Svarni —advierte Groar, estrechándole la mano al cíborg con su garra—. No me gustaría tener que recomponer tus pedazos.

—Agradecemos el ofrecimiento —contesta el otro con obvia sinceridad. Tengo la sensación de que el numerito que montaron nuestro guerrero y el cíborg donde el *Gran Prisma* era para distraer a los Cradnian de algo. Estos dos parecen haberse hecho grandes amigos.

Los Cruzados avanzan hacia el portal, contemplándolo con curiosidad. Yo ya he visto portales parecidos, y parecen como una capa de agua, pero seguro que ninguno de ellos ha visto nada igual. De pronto, el sargento Jass mira a su alrededor, como buscando algo, y se vuelve hacia nosotros.

—¡Niros! —grita, haciéndole un gesto al aludido para que se

acerque—. ¡Vamos!

Entonces nos damos cuenta de que el pelirrojo se ha ocultado detrás de Âaáveal, como si intentase escaquearse de esa aventura.

—Estoy… estoy bien aquí. Gracias.

—¿Los vas a dejar ir solos? —inquiere Tara mientras se acerca al hombrecillo, apenas ocultando el desprecio e indignación en su voz. Abandonar a unos compañeros en una batalla es despreciable, y para un Krogan el honor lo es todo. Preferirían morir antes que hacer algo así.

Hasta Niros se ha dado cuenta de lo enfadada que está Tara, porque baja la vista, incapaz de sostener su mirada.

—No soy un guerrero, sino un historiador —musita—. Ese lugar está prohibido, y lo está por una razón muy poderosa. Hay cosas que, con todo el dolor de mi corazón, están mejor ocultas. Además, si está lleno de *Fkashi*, estorbaría. Es una biblioteca, estarían pendientes de mi delirio, no de su seguridad.

—¿Delirio? —pregunta mi coesposa, extrañada.

El otro se encoge de hombros y hace un gesto de disculpa.

—Tengo un… bueno… pequeño desorden mental con el conocimiento que no viene al caso.

—No es su culpa, no se enfaden con él —interviene Lía, en tono apaciguador. De hecho, hasta parece algo aliviada de que el hombrecillo no quiera acompañarlos. Igual es verdad que podría ponerlos en peligro—. Es mejor que se quede con ustedes. No te preocupes Etim, te recogemos cuando regresemos.

Los tres se vuelven hacia el portal, preparando sus armas. Entonces saltan hacia delante, atravesando la entrada. O quizás debería decir que lo atraviesan Lía y Svarni, porque Jass rebota como si hubiera chocado contra una pared, cayendo al suelo. No tiene pinta de que se haya hecho daño, porque se pone al instante de pie, aporreando el portal. Está claro que, por alguna misteriosa razón, a él no le han dejado entrar.

Voy a acercarme para ver el qué es lo que ha ocurrido cuando el pelirrojo se dirige a mí con voz queda.

—Matriarca Maart'ing, tengo que hablar contigo.

Le miro suspicaz. Este tipo no ha querido acompañar a sus amigos en una misión peligrosa, y tengo que reconocer que eso me está predisponiendo contra él. Ese tipo de cosas no se hacen.

—¿Sobre qué? —pregunto, algo recalcitrante.

—No me he quedado por cobardía, necesitaba convencerte de que me dejes regresar al pasado con vosotros.

Mi suspicacia aumenta varios grados.

—¿Y por qué íbamos a hacer eso?

Groar se aproxima, gruñendo de desprecio, y el hombrecito recula, obviamente espantado del guerrero. Se está frotando las manos con nerviosismo, sin atreverse a mirarnos a ninguno.

—Como… como ya les dijeron mis compañeros, tienen muy poca información. Demasiado poca. Cuando se marcharon a ver al *Cónclave del Gran Prisma*, estuve haciendo cábalas sobre lo que les sucederá. En este tiempo, es lo que les sucedió, pasado.

—La premisa es correcta. —Tara se cruza de brazos, impaciente —. ¿Y qué has concluido?

—Ustedes tuvieron éxito entregando el *Orbe* a quienquiera que se lo haya pedido. Como saben, Bai
A'thok
lo busca para liberarse. A efectos prácticos, podemos afirmar que este objeto es una llave, como ya les han dicho. Los Bai
N'the,
los rebeldes de la raza que ese monstruo esclavizó, la escondieron durante eones en una cámara especial que amortiguaba su señal. Como el centro del planeta.

Creo que se me ponen los pelos como escarpias cuando pillo lo que está diciendo.

—Un momento —digo—. Si lo hemos sacado del núcleo…

—Lo está llamando, sí. Eso no es lo importante, afuera hay una flota inmensa que va a protegerlos, a luchar contra él. El problema es…

Siento un escalofrío tremendo mientras sigo esa línea de pensamiento.

—… que, si volvemos a nuestro tiempo, el aparato seguirá emitiendo la llamada. —Miro a mi coesposa—. Nos localizará, y al otro lado del portal no habrá quien nos defienda.

—Es una posibilidad más que razonable —gruñe—. Sin embargo, sabes de sobra que nuestro pueblo te protegerá. Lucharemos contigo hasta la muerte.

—No, no lo harán —responde Niros, para evidente frustración

de los dos Krogan—. El Dios Caído emite un… sometimiento *psi*. Le bastará chasquear los dedos y toda su raza se convertirá en su esclava. Hará *trampas*.

Tara y Groar se miran con evidente malestar. No debe gustarles ni pizca lo que el hombrecillo está contando.

—¿Cómo es eso posible?

—Ni poseo, ni entiendo los poderes *psi*. El *saludo* es, según he aprendido de los Cradnian, una habilidad terrible de escala divina. Hagan lo que hagan, deben tratar de no quedar expuestos a él o los dañará para siempre. A ustedes dos, al menos. Los humanos, de algún modo, somos inmunes.

—¿Qué sugieres entonces, pequeño sabiondo? —masculla entonces el guerrero con obvio fastidio.

—Mientras se entrevistaban con el *Gran Prisma*, estuve… estuve repasando los vídeos de una compañera que ya… no se encuentra entre nosotros. El lugar donde estaba suspendido el *Orbe* era una esfera que representaba la Vía Láctea.

—¿La qué? —pregunta Tara.

—La galaxia —aclaro. Por supuesto, los Krogan no conocen ese término—. La llamamos así.

—Emitía haces de luz en distintas direcciones, a diversos cuadrantes —continúa el hombrecillo, pasando por alto lo de «sabihondo»—. Ya sé lo que eran. Eran señales, estaban dándole pistas falsas al monstruo, enviándole en la dirección equivocada. Si voy con ustedes, quizás pueda manipular el dispositivo para alejarlo. Una sola dirección bastará, no podrá distinguirla de las otras que emite el *Orbe* de la época de la que vienen ustedes.

—¿Esperas que creamos que sabes manipular tecnología Bai R'the?

—La voz de Tara refleja una incredulidad asombrosa, incluso yo puedo percibirla—. ¿Cómo ibas a saber hacer eso?

—El *Orbe* en sí está contenido en un cristal Cradnian —se apresura a explicar Niros. Entones abre los brazos, con una sonrisa desquiciada—. Cuando accedí a ir a buscarles por esta estación, pedí un seminario de xenología alienígena como especialidad para la misión. El médico del *Gran Prisma* me inyectó en el cerebro una enorme cantidad de información.

—Incluyendo cierto conocimiento sobre la lengua y costumbres

de su propio pueblo, si no me equivoco —concluyo. Me llevo la mano a la barbilla, pensativa—. Sin embargo, eso no te convierte en un experto en tecnología de la vieja Federación, ¿o sí?

—No, me convierte en lingüista, y el contenedor del *Orbe* tiene instrucciones. Bastante simples, a decir verdad.

Enciende un proyector de su armadura, y nos muestra un holograma de… algo. No sé el qué es, pero parece que es una película donde el propio Niros está rompiendo vitrinas y robando objetos a manos llenas. Le miro suspicaz. ¿Se enorgullece de estar desvalijando ese lugar?

Sin embargo, no debe ser eso lo que quería mostrarnos, porque detiene la proyección cuando la cámara enfoca a una brillante fuente de luz en mitad de la sala. Francamente, no veo nada de nada.

Entonces el pelirrojo empieza a aplicar un filtro tras otro a la imagen, y de pronto podemos ver de qué se trata.

El objeto en cuestión resulta ser una especie de huevo achatado que reconozco sin lugar a dudas. Sin embargo, no es liso; una capa de cristal lo rodea, pero el artefacto en sí tiene bordes afilados y muchísimas aristas. Está muy decorado, mas cuando Etim empieza a ampliar la imagen vemos que en la banda central del cristal parece tener unas líneas. Sigue ampliando la imagen, y nosotros acercamos nuestras cabezas todo lo que podemos al holograma, intentando verlo mejor. Esas líneas, vistas de cerca, parecen ser unos garabatos, o mejor dicho, una escritura claramente alienígena. Me quedo a cuadros. ¿Cómo narices ha descubierto el hombrecillo eso en cuestión de horas?

—Sí que tiene letras. —Arqueo las cejas, sorprendida—. ¿Sabes leerlas?

—Necesitaría aplicar este método a tiempo real usando mi armadura *Pretor*, pero sí. Aquí se lee… proyección. Este último símbolo. ¿Lo ven? Lo de abajo son instrucciones en grados que explican rotaciones, y este otro carácter de aquí es el número once. ¿Qué opinan?

Hago una mueca. Lo que está pidiendo no me gusta ni pizca, tiene toda la pinta de ser muy mala idea.

—Si vienes con nosotros no podrías volver —le advierto—. Es un viaje solo de ida. ¿Qué pasará con tus amigos, y familia?

—Lo más cercano que tengo a unos y otros son mis actuales compañeros, y me contrataron. Aunque les aprecio, solo me ata a ellos una recompensa que no cobraría si les acompaño.

Eso me sorprende. Este pequeñajo no parece precisamente un soldado de fortuna.

—¿Eres mercenario?

—Contratista. Tengo… tengo una afición vital. Necesito saber. Aprender. El conocimiento es poder. Trabajo a cambio de conocimiento y de lo necesario para sobrevivir, claro. Si me prometen que podré conocer su fabuloso tiempo y su lugar de origen, iré con ustedes sin dudarlo, y les ayudaré en todo lo que necesiten. Hasta que entreguen el artefacto, o después si les complace. Sé muchas cosas, de casi todos los campos, y…

—¿Qué pasa con tu actual contrato? —le interrumpo.

—Está cumplido. Consistía en recuperar el *Orbe* y otros objetos, y ya los tenemos. Todo lo demás ha sido un estimulante plus. Me adapto a cualquier cosa. Ciencia, literatura, xenología, política, religión, historia. Lo que sea. No *puedo* olvidar nada.

Groar gruñe, dubitativo. Puedo ver que esta posibilidad no le gusta demasiado y, francamente, no puedo culparle. Después de todo, acabamos de ver cómo este tipo estaba saqueando algo que parecía un museo.

—*¿Art'Ana?*

El pelirrojo me mira, suplicante, mientras me lo pienso. Supongo que esa cosa es muy peligrosa, como nos dijo en su momento el sargento Svarni. Si emite señales tan fuertes que los Cradnian tuvieron que esconderlo en el núcleo de un planeta, es obvio que en cuanto volvamos, el Dios Caído podría detectarlo. En teoría es imposible que lo haga, dado que habría una paradoja: Si encuentra el *Orbe*, y a nosotros, no existirá este futuro, y por lo tanto no podremos haberlo recogido. Por otra parte, ese objeto existirá *dos* veces en nuestro tiempo, por mucho que tenga cuatro dimensiones. Suspiro. Esto de las paradojas temporales es un dolor de cabeza tremendo.

—¿No romperemos el continuo
espacio-tiempo
llevándote con nosotros? ¿Y si tienes hijos?

—No tengo ninguna intención de reproducirme —responde el

hombrecillo a toda prisa—. Además, según creo, el futuro no puede cambiarse. Es decir, si voy con ustedes es porque en otro momento lo hice, llegué a su tiempo, y mi viaje al pasado contribuyó de algún modo a formar este futuro. El que vivimos en este momento.

Miro al nido. En teoría puedo decidir yo sola, puesto que soy la matriarca, aunque no estoy nada segura de si aceptar o no esta descabellada propuesta. Groar hace un gesto de resignación; Tara tiene pinta de estar algo más escéptica, pero no de oponerse. Quizás sea cierto que nos haya ayudado a ocultar el Orbe. O que nos ayudará, esto del tiempo es un lío descomunal. Quizás sea precisamente eso lo que ha hecho/hará que el Bai
A'thok
no descubra el tesoro que llevamos con nosotros.

No tengo ni idea de si estoy haciendo lo correcto. Si no le llevamos con nosotros, malo: No podremos ocultar el *Orbe* y ese dios destructor puede exterminarnos para conseguir su premio y arrasar el siguiente nivel de existencia, después de destruir el nuestro, claro. Si le llevamos, igual de malo: Niros podría cambiar por su mera presencia el futuro. Aunque puede que no lo cambie, o muera antes de poder cambiarlo.

En fin. Tome la decisión que tome, supongo que tengo que confiar en que no voy a alterar la historia. Procuraré al menos proteger al nido, evitando que nos encuentre el Dios Caído.

—Está bien —me rindo—. Quiero que quede claro que solo nos acompañarás hasta hacer la entrega. Luego te contaremos cómo funcionan las cosas en nuestro tiempo y tendrás que ir por tu cuenta. Ahora bien, si eso acaba suponiendo un problema…

—No lo supondrá. —Me toma de las manos, con una sonrisa de oreja a oreja que delata lo encantado que está—. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

—Yo tengo una reserva, Tanit —interviene Tara—. Sin entrar a discutir tu decisión, deberíamos prohibirle hablar de su época. Ya lo hemos discutido, no es buena idea.

—¡Cierto, cierto! —confirma Niros, antes de que yo pueda siquiera asentir—. Me sé la historia de la era espacial de memoria, así que con que me digan desde cuándo saben, yo…

Vemos el reflejo de una especie de fogonazo y luego un ruido enorme, como si algo hubiese explotado. Nos volvemos, justo a

tiempo para ver cómo Lía derriba a Jass ante la imperturbable mirada del sargento Svarni.

Tara y yo nos acercamos, y ayudamos a la doctora a incorporarse. Svarni lo hace con el otro sargento. Juraría que parece *divertido*, aunque no entiendo por qué. De todas formas, igual me equivoco, puesto que no tiene rostro.

—¿Qué ha pasado? —pregunto—. ¿Estáis bien?

Lía sonríe.

—Sí, estamos bien. Tenemos las instrucciones.

—¡Bien! —se me escapa—. ¿Habéis tenido dificultades?

La mujer y el cíborg intercambian una extraña mirada de complicidad.

—En realidad no. Tenemos que volver.

Asiento, apartándome. Está claro que no nos van a contar nada, aunque a decir verdad, a estas alturas tampoco me lo esperaba. Estos Cruzados parecen bastante reacios a compartir información.

—Pues vamos.

Sin embargo, para extrañeza de todos, Âaáveal se queda por un instante quieta, ladeando la cabeza, como si estuviese escuchando algo, y tengo la sensación de que parece sorprendida por algo.

—Espera —me indica, sujetando con suavidad mi hombro—. Tienes que venir conmigo.

Groar se adelanta al instante, su cañón de plasma preparado. Veo que Tara también está levantando su arma. Por el gesto que ponen, es evidente que están de lo más suspicaces.

—Tanit no va a ir a ninguna parte sin nosotros —gruñe el guerrero.

La ingeniera levanta una de sus garras, apaciguadora.

—Tiene que hablar con alguien, pero vosotros no podéis ir. Ni siquiera yo puedo hacerlo. No tenéis que preocuparos, no estará en ningún momento en peligro.

—Eso lo decidiremos nosotros —masculla el Krogan, obviamente molesto.

Veo de reojo que los Arpidiannos están sacando las armas, en vista de que mis esposos están apuntando a Âaáveal, y me apresuro a intervenir, antes de que terminemos en un tiroteo.

—Tranquilos todos. Bajad las armas. Âaáveal, ¿quién quiere verme?

Parece dudar un instante.

—No estoy autorizada a saberlo.

Parpadeo, perpleja. Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Perdona?

—Mis superiores me han pedido que te lleve allí —señala—. Sin embargo, no me han querido decir quién quiere hablar contigo, solo que es importante.

Miro en la dirección que indica. A mí me parece que solo hay una pared lisa. Entonces, para mi desconcierto, la pared se desliza hacia un lado, mostrando la entrada a una habitación.

—*No es buena idea* —advierte Groar en Común, para que no nos entiendan y el traductor universal no pueda tampoco interpretarlo. Ya sabemos que el aparato en cuestión no es capaz de traducir ese idioma sintético—. *Puede ser una trampa.*

A decir verdad, no le falta razón, pero yo empiezo a estar intrigada. ¿A qué viene este misterio? Echo una breve mirada a mi alrededor. Tanto los Krogan como los Arpidiannos están con las armas preparadas, aunque evitan apuntase mutuamente por si acaso. Los Cruzados, en cambio, nos están mirando a Âaáveal y a mí con evidente curiosidad.

—*Podría serlo* —le respondo al guerrero en el mismo idioma —. *Pero no lo creo. No te preocupes, me has entrenado bien, y si las cosas se complicasen… sabes que puedo teletransportarme hasta donde estáis.*

Gruñe, claramente fastidiado. Creo que no le he convencido, pero soy la matriarca, después de todo. En última instancia, la que da las órdenes soy yo.

—De acuerdo —le digo a Âaáveal—. Hablaré con… bueno, con quien sea.

Hace un gesto hacia la puerta y con algo de aprensión yo me acerco a la entrada. Un vistazo al interior me permite descubrir que la sala está vacía. Me vuelvo, mirando a la Arpidianna, y esta me hace un gesto para que entre. Hago una mueca y hago lo que me pide.

Noto el desplazamiento del aire y sé que la puerta se ha cerrado detrás de mí. Sin embargo, antes incluso de que pueda volverme, una figura aparece en el centro de la habitación.

—¡Aîhn'La'Ính! —me sorprendo al reconocer a la emperatriz

Arpidianna—. ¿A qué viene tanto misterio?

No puedo distinguir las expresiones de esta raza, pero juraría que ha *sonreído*. Bueno, el equivalente en su especie.

—Durante mucho tiempo hemos compartido una alianza con los Cradnian, pero por desgracia ahora tenemos… discrepancias, y no queremos ensanchar nuestras diferencias —responde en español, para mi asombro. Por lo visto, esta vez lleva un traductor universal. Igual es que cree que no voy a poder captar sus matices *psi*, o no quiere desvelarlos.

Sonrío de forma oblicua, aunque seguro que ella no podrá interpretar ese gesto humano.

—Creo que los humanos no les caemos muy bien.

Tengo la sensación de que parece divertida.

—Hasta cierto punto, os tienen miedo. Por otra parte, piensan que sois unos seres primitivos con pretensiones. —Hace un gesto que supongo que es de disculpa—. No te lo tomes a mal. Los Cradnian en su día fueron posiblemente la especie más avanzada que había en la galaxia, y sin embargo fueron derrotados con el resto de la antigua Federación. Que una especie tan joven como la vuestra pretenda derrotar a Bai

A'thok

cuando ellos fracasaron lo consideran una muestra de gran arrogancia por vuestra parte.

Me encojo de hombros. Francamente, lo que piensen esos seres de cristal me importa un pepino.

—No sé si los Cruzados lo lograrán —admito—. Aunque sé que van a intentarlo con todas sus fuerzas.

—A diferencia de los Cradnian, los Arpidiannos creemos que tienen una oportunidad. Una oportunidad muy pequeña, es cierto, pero hace muchísimo tiempo que nadie tenía ni siquiera eso. Vamos a ayudaros.

Hago una pequeña reverencia, intentando ocultar mi asombro ante este giro inesperado.

—Gracias.

Agita las alas en un gesto que no sé interpretar.

—No me las des, pequeña, pues no podemos daros toda la ayuda que nos gustaría daros. Sin embargo, Âaáveal y los suyos nos han pedido poder unirse a vuestra causa, y quizás ese pequeño apoyo

significique la diferencia entre victoria o derrota, así que he permitido que vayan, junto con todos que quieran acompañarlos.

—Aún así, agradecemos vuestra asistencia.

Me contempla con sus grandes ojos azules.

—Creo que tú vas a desempeñar también un papel esencial en esa batalla.

Encojo un hombro, incómoda.

—Bueno, nos han pedido que hagamos de cebo.

—¿Para atraer a Bai

A'thok

hacia el punto de fuga entre los dos agujeros negros?

—Sí.

Manosea distraída con una de las garras una joya que tiene colgando del cuello. Es un colgante muy extraño, que parece refulgir con rapidísimos destellos azules.

—¿Y lo vas a hacer?

—Lo vamos a hacer todos. Mi nido y yo estamos de acuerdo que quizás sea la única oportunidad que tengan los Cruzados para acabar con ese monstruo.

—¿Arriesgando vuestras vidas?

—Los humanos han perdido ya dieciocho mundos. Deben haber muerto miles de millones de personas. Si arriesgar nuestras vidas permite acabar con el monstruo que ha hecho eso, pues entonces debemos hacerlo.

Aîhn'La'Ính me contempla durante unos segundos, hasta que empiezo a sentirme inquieta por su mirada.

—Eres muy especial, Tanit, en muchos sentidos —dice al fin—. Incluso para tu propia raza eres especial. —Inspira hondo—. Cradnian y Arpidiannos te debemos mucho, y a pesar de ello nos hemos comportado… digamos de forma inadecuada. Además de una disculpa, creo que tenemos que compensarte por nuestro comportamiento.

—No es necesario —respondo yo—. Lo comprendo. Ya me he enterado de que hubo… bueno, un incidente con el *Gran Prisma*. Entiendo que estén suspicaces con los humanos.

Me mira fijamente con esos ojos azules tan extraños que tiene.

—Sí… —musita—. Eres muy especial. Aún así, para estar en paz con nosotros mismos, te ruego que aceptes este regalo.

Se quita del cuello el colgante que lleva y lo coloca con delicadeza alrededor del mío. Está frío, aunque siento como una enorme carga de energía que recorre mi cuerpo en cuanto toca mi piel. Además… parece vibrar. Cierro instintivamente los ojos, y tengo la impresión de que está iluminado. Este extraño adorno parece que también es tetradimensional. *Siento* la energía *psi* que contiene.

—El Aâhl'Ninh ha estado en posesión de los Arpidiannos desde la Primera Emperatriz —explica
Aîhn'La'Ính
—. Es un objeto poderoso, forjado en la cúspide de nuestra civilización, cuando aún dominábamos las estrellas, mucho antes de luchar contra los Bai
R'the.
No te puedo explicar su función porque deberás descubrirla por ti misma. Mas no conozco a nadie que sea más digna de llevarlo que tú.

Inspecciono el maravilloso collar.

—Es demasiado valioso —objeto—. No puedo aceptarlo.

—Puedes y debes —me dice—. Recíbelo con nuestras disculpas y nuestra gratitud.

Entonces, para mi sorpresa, estoy de pronto sola.

Miro suspicaz a mi alrededor, hasta que comprendo que la emperatriz Arpidianna se ha teletransportado. Por la razón que sea, no quería que nadie —especialmente los Cradnian— la viese entregándome ese obsequio. Tengo la impresión de que debe ser algo fuera de lo común.

Examino de nuevo esta joya que me han regalado. Es muy fina y delicada, a la par que muy resistente. Tiene unas curvas extrañas, que hacen que no parezca en absoluto humana, y aún así, es increíblemente hermosa. Por si fuera poco, *siento* la energía psíquica que contiene, que la hace vibrar, pero esta energía es extraña, sutil como una melodía, suave como una pluma.

En fin. Suspiro y lo dejo caer contra mi pecho. No estamos para perder el tiempo, y creo que ya llevamos más tiempo del que hace falta para que los Krogan se pongan más que suspicaces. Ya inspeccionaré este extraño presente cuando las cosas se hayan calmado. Con largas zancadas me acerco a la salida, y la puerta se

abre de forma igual de misteriosa que cuando entré.

Todos están mirando en mi dirección cuando salgo. Lía da un paso adelante, acercándose.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí, claro —contesto, ignorando su evidente curiosidad. Si los Cruzados tienen sus secretitos, pues yo también puedo jugar a ese juego—. Creo que tenemos que volver, ¿no? —Señalo el objeto ese que parece una rosquilla de colores que han sacado del *Carasay* y que Lía sujeta con la mano—. Supongo que habrá que leer las instrucciones y montar ese trasto que os he traído.

Ella suspira y mira el artefacto que ha recuperado.

—Por supuesto. Vámonos.

—*¿Quién quería hablar contigo?* —pregunta Tara por el comunicador cuando embarcamos en la barcaza de Âaáveal, para que no nos oigan los demás.

—*La emperatriz Arpidianna* —respondo por el mismo canal—. *Quería disculparse por lo que ocurrió en la cámara del* Gran Prisma.

—*Tiene honor* —gruñe Groar, y con eso el tema queda cerrado en lo que a los Krogan se refiere.

Al cabo de pocos minutos, llegamos al hangar. Yo agarro a Niros del brazo y me lo llevo al *Viento Solar*. Stefan sale a nuestro encuentro, y le explico la situación. Irina, siendo la nave, por supuesto que se entera al mismo tiempo.

—¿Y de verdad crees que va a descubrir cómo hacer que el *Orbe* lance señales falsas?

A pesar de su tono escéptico, asiento, aunque a decir verdad tampoco es que esté muy segura de si el hombrecillo va a conseguirlo.

—Más nos vale, Stefan, más nos vale. Niros, ven conmigo.

Le llevo a mi camarote, guardo mis cosas personales en un armario que Irina bloquea al instante y le enseño cómo funciona todo. Yo puedo dormir en el nido, pero mi camarote es el único lugar de la nave donde podemos alojar a un pasajero. Eso sí, está claro que le tengo que enseñar cómo funcionan el baño, la ducha o la máquina cocinera, este tipo nunca se ha encontrado nada así. El pelirrojo parece entusiasmado ante esta tecnología alienígena.

—¿En qué principios están basados? —pregunta con avidez.

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea. Si te interesa, Irina te lo puede explicar, y si no, Tara. Sin embargo, tenemos cosas más urgentes que hacer. —Saco el dichoso *Orbe* del bolsillo y se lo meto en las manos—. No lo saques de la nave y más vale que te pongas a estudiarlo cuanto antes.

El otro suspira, mira un instante el objeto, y lo deja encima de la cama.

—Muy bien. ¿Nos despedimos de los demás? Creo que deben estar a punto de irse.

—Vamos.

Salimos de nuevo por la rampa del *Viento Solar*. Âaáveal Vaiâal está embarcando un montón de material en la nave humana, bajo la dirección del sargento Jass. La acompañan un gran número de pajarracos en trajes espaciales con unos cascos afilados de siniestro aspecto. A un lado, Groar y Svarni parecen estar hablando entre ellos. Nuestro macho está contemplando una espada que, por la pinta que tiene, le acaba de entregar el militar.

—Acepto tu regalo, de guerrero a guerrero —gruñe entonces mi marido—. Acaba con todos tus enemigos, y recupera la honra que me entregas con este presente.

Groar se lleva el puño con fuerza al pecho, y Svarni se inclina ligeramente, haciendo una reverencia. Es obvio que estos dos han simpatizado el uno con el otro, a pesar del poco tiempo que han pasado juntos. A decir verdad, el sargento ha debido impresionar mucho a mi esposo; jamás le he visto tratar a otro guerrero con tanto respeto.

Lía y Azul se están abrazando. Tengo la impresión de que esas dos también se han hecho muy amigas, puesto que sus mentes están irradiando sin querer una sensación de *pena* y *pérdida* al mismo tiempo.

—Daría lo que fuera por unirme a vuestra Cruzada —está diciendo la Cradnian.

—Ya lo has hecho, Azul. Seguimos vivos gracias a ti. Espero… espero de veras que podamos volver a vernos algún día.

—Yo también. Soy lo que soy por vosotros. Mi vida ahora tiene un significado especial gracias a la raza humana y al equipo *Sombra*. Soy diferente y única.

Niros entonces carraspea a mi lado con obvio embarazo.

—Eh, bueno… yo también me despido.

Todos se vuelven hacia nosotros, sorprendidos, con el hombre frotándose las manos de incomodidad.

—¡No jodas! —Jass se acerca y le pone la mano en el hombro—. ¿Te quedas?

—Viene con nosotros —explico—. Cree que puede ayudarnos a evitar que el monstruo detecte el *Orbe* en nuestro tiempo.

El hombrecillo repite de forma atropellada lo que nos había dicho a nosotros, tan rápido que apenas se le entiende. Entonces inspira hondo.

—De todas formas, mi contrato ha concluido, así que nuestros caminos se separan aquí.

Por un momento pensé que los demás le pondrían mala cara, pero para mi sorpresa no es así. El sargento Jass le levanta y le abraza. Aunque por la pinta que tiene Niros, me parece que está aterrado. Supongo que, si quisiera, el Cruzado le podría aplastar las costillas. Es evidente su alivio cuando el otro le deja en el suelo.

—Te echaré de menos, colega.

—Gr… gracias. Yo también a ti.

—Eso sí, prométeme que cuidarás ese cerebro tuyo. ¡Y que escribirás unas memorias que me mandarás a la Flota!

—¡Prometido! —sonríe nuestro nuevo compañero—. Si es posible, haré llegar una copia de todo lo que aprenda a vuestras manos, para que la recibáis cuando esto acabe.

—Ya tengo ganas de leerlo.

Empezamos a despedirnos. Svarni me estrecha la mano, muy serio, y me desea lo mejor. Jass me abraza, y Lía no solo me abraza, sino que me planta dos besos. Tara e Irina también salen de la nave, y también se despiden de todos. En cambio, Stefan ni aparece. Después de todo, para él son casi unos desconocidos, apenas ha tenido contacto con los demás. Tampoco creo que le echen de menos, y alguien tiene que cuidar de los gemelos.

Los Arpidiannos han terminado de embarcar, y los Cruzados les imitan después de sacar Jass un bulto de la nave que le entrega a Niros. Por la pinta que tiene, debe ser su equipaje. Lía nos despide con la mano desde la puerta del *Uas*, y nosotros saludamos hasta que la puerta se cierra.

—Recomiendo entrar en nuestra propia nave —advierte Irina—. Los motores de la nave humana generan mucho calor, y no estoy segura de si no será peligroso.

—Será lo más recomendable —asiente Azul—. Nosotros vamos a evacuar el hangar. —Se vuelve hacia mí y me abraza. Al igual que con la despedida con Lía, noto su sensación de *pena* y *pérdida*. A decir verdad, yo también la echaré de menos—. Tengo que irme.

Abraza a los demás, incluso a Groar, y luego se aleja de forma precipitada.

—Mejor entramos —indico cuando los motores del *Uas* empiezan a hacer ruido, y nos metemos de forma precipitada en el *Viento Solar*. Instantes más tarde, oímos el rugido de la propulsión de la otra nave. Durante unos instantes, el ruido se hace ensordecedor, y luego… nada. Nuestros amigos se han marchado para siempre.

Acompaño a Niros de vuelta al camarote, para asegurarme de que sabe encontrarlo. El dirá que lo recuerda todo, pero yo también tengo una memoria fotográfica, y aún así, me perdí varias veces cuando conseguimos el *Viento Solar*. De todas formas, parece saber a dónde nos dirigimos. Está entusiasmado con las puertas de la nave, que permiten filtrarte a través de ellas. Me acribilla a preguntas sobre la tecnología que permite hacer eso, pero me encojo de hombros.

—No tengo ni la más remota idea. Yo soy exobióloga, no ingeniera. Quizás Tara o Irina lo sepan. Pregúntales.

—Lo haré, lo haré.

Suspiro. Estoy empezando a arrepentirme de haber aceptado que este tipo venga con nosotros. Parece que lo único que quiere es aprender a todas horas.

Voy camino del puente cuando me encuentro con la unidad móvil de Irina. No es casualidad, tengo la impresión de que me ha estado esperando.

—¿Recuerdas la comunicación con los
Bina’ai
que te reporté hace catorce nanociclos? —pregunta.

—Irina… —me impaciento—. Sabes que tengo una memoria fotográfica. Por supuesto que lo recuerdo. ¿Has estado asesorando a las máquinas?

—Sí, pero eso no es lo importante. Los Bina'ai me han pedido que, ahora que ya no hay nada especialmente urgente, querrían hablar contigo.

Bufo, a pesar mío. No tengo muy claro el qué quieren hablar conmigo las inteligencias artificiales, pero, francamente, no me apetece nada.

—¿Es necesario?

—Los Nexos Ancianos creen que sí.

Tuerzo el gesto. O sea que lo piden los mandamases de esa civilización. Sigue sin apetecerme nada, pero si digo que no, la que va a quedar mal va a ser Irina, y ella no tiene la culpa de que su naturaleza la obligue a obedecer a máquinas más poderosas que ella.

—Está bien. Vamos al puente y conectamos con ellos desde allí.

Por extraño que parezca, parece dudar por un instante. Y siento su *incomodidad*. No es algo que recuerde haber sentido nunca en nuestra IA.

—Tanit… El Nexo Anciano Uno quiere hablar contigo en persona.

La miro sobresaltada.

—¿Qué? ¿Te refieres al Nexo que conocimos cuanto estuvimos con los Erenon?

—Sí. Es el más antiguo de todos. El líder más venerado de nuestro pueblo.

Hago una mueca de desagrado.

—No sé si es buena idea.

—No estarás en peligro —responde—. Somos una parte crítica de su plan para combatir al Dios Caído.

—No pensaba que me pudiera atacar —respondo, algo molesta —. Es que… no tengo ni idea de para qué quiere verme, y mucho menos en persona.

—Lo lógico es ir a verle y descubrirlo.

Bufo, algo suspicaz.

—Es fácil decirlo. Tú no eres la que tienes que ir.

Para mi asombro, parece dudar de nuevo.

—En realidad, me han pedido que sea yo quien te lleve hasta el mundo-núcleo.

Además, me han pedido que lleve mi unidad de computación conmigo.

Levanto la cabeza, incapaz de ocultar lo extrañada que estoy.

—¿Te refieres a la varilla que está enchufada a la nave?

—Afirmativo.

Silbo de sorpresa. Hace mucho tiempo, cuando Irina aún no pertenecía a nuestro nido, consiguió que introdujese esa varilla en una muesca del cuarto de control maestro del *Viento Solar*. Lo malo es que con ello le di también el dominio de la nave. Fue una enemiga en verdad temible. Menos mal que al final todo se arregló, con ella uniéndose a nuestro nido.

—¿Qué le ocurrirá a la nave?

—Nada. Funcionará como una nave normal cuando yo no esté.

—¿Y para qué quieren que lleves tu unidad de computación?

—No lo sé, Tanit, pero sabes que no puedo negarme.

Frunzo el ceño. Esto cada vez me está dando peor mala espina. Lo malo es que Irina tiene razón: Ella no puede negarse a obedecer una orden de una unidad con una potencia computacional superior a ella. Bueno, quizás podría, si yo le ordenase lo contrario. Lo malo es que no estoy muy segura de cómo reaccionarían los

Bina'ai

si yo me opongo a lo que le están pidiendo. Vamos a estar en gran peligro, y no parece nada conveniente empezar a tener tiranteces con los que se supone que son aliados nuestros y nos van a proteger.

—Está bien —me rindo—. Por favor, asegúrate de que tienen claro de que perteneces a nuestro nido, y que nos lo vamos a tomar muy mal si te pasara algo.

—Sé que no lo ignoran.

—Pues recuérdaselo. ¿Puede tu unidad remota funcionar sin tu unidad de computación?

—Puedo transferir mi clúster allí, Tanit. Sin embargo, si la unidad resultase destruida…

—Morirías.

—Así es.

Hago una mueca.

—¿De verdad crees que es buena idea ir?

—No tengo opción, Tanit. Los Nexos Ancianos me han ordenado hacerlo.

Durante un instante, siento la tentación de decirle que no lo haga. Pero sé que no voy a pedírselo. No es ya solo que puedo ponerme a mal con los
Bina'ai,
es que la propia Irina se va a ver dividida entre dos lealtades. Cuanto menos, es poco ético ponerla en esa tesitura.

Busco a Stefan y le doy una breve explicación de la situación. Tara está ocupada con sus cachorros y Groar está conferenciando con la Flota. Mejor que no sepan nada. Sé perfectamente lo que va a ocurrir si les cuento lo que vamos a hacer. Aunque por la cara que pone mi marido, sé que a él tampoco le hace ni maldita gracia, así que le doy un beso para calmarle y me voy a la nave auxiliar con nuestra IA antes de que reaccione.

Irina se pone a los mandos de nuestro transbordador. Es lo lógico, si vamos a visitar a su especie. No tardamos mucho, aunque tengo la sensación de que miles de naves nos tienen en su punto de mira. Supongo que es lo lógico: Nuestra nave auxiliar no se parece en nada a los buques de la flota combinada. Tanto a humanos como a
Bina'ai
les debe parecer rarísima. Claro que, como no va armada, también deben considerarla inofensiva.

Al cabo de unos veinte minutos de vuelo, aparece el
mundo-núcleo
de las máquinas inteligentes ante nosotros, y se me cae la mandíbula. Sí, sé que es enorme, del tamaño de una luna. Lo que pasa es que desde cerca parece aún más gigantesca de lo que es.

—¿Sabes a dónde ir? —le pregunto a Irina.

—Me han enviado las coordenadas de acceso. Recomiendo que actives tu traje espacial.

—¿Por qué?

—El mundo-núcleo no tiene atmósfera, ni luz, ni calefacción. Eso un despilfarro de energía cuando no hay seres orgánicos a bordo.

Suspiro y despliego el casco y los guantes. Debí imaginármelo. La vez anterior que nos encontramos con los
Bina'ai
abordé a dos de sus naves, y tampoco tenían atmósfera, ni siquiera

luces. Supongo que a una máquina no le gustará oxidarse con una atmósfera, y tampoco le parecerá lógico gastar energía para poder hacerlo. Por otra parte, la luz visible es algo que necesitaría un humano, pero algo que a una inteligencia artificial maldita falta que le hace.

—¿Entonces cómo vamos a hablar con el Nexo?

—He indicado la frecuencia y el protocolo de nuestro sistema de comunicaciones. Podemos cambiarlo cuando terminemos.

Apenas minutos después, Irina entra en un hangar y apaga los motores. El hangar está a oscuras, mas mi coesposa enciende las luces exteriores de nuestro transbordador, iluminándolo. Hay un robot esperándonos. Es humanoide, del tamaño de un hombre adulto, y lleva dos antenas a la espalda.

—*Saludos* —indica por nuestro comunicador en cuando desembarcamos—. *Mi nombre es TEKHH7733B31234; los humanos lo abrevian a Tek a secas. Como embajador ante los humanos, los Nexos Ancianos me han pedido que la acompañe a la presencia del Nexo Anciano Uno.*

—¿Embajador? —me sorprendo.

—*Por circunstancias fuera de mi control, contacté con los humanos de la Flota de la Tierra* —explica—. *Los Nexos Ancianos consideraron que mi comportamiento y experiencias con los humanos me cualificaban para ese puesto. Si hace el favor de venir conmigo…*

—Vamos, Irina.

—*Lo siento, Tanit* —responde—. *A mí me han pedido que vaya…* —Señala un pasillo lateral—… *por allí.*

—¿Quieres decir que no vienes conmigo?

—*Negativo. No corres peligro, Tek es quien dice ser, he verificado sus credenciales.*

Suspiro. Bueno, yo ya soy mayorcita. Vale, quizás no tanto, solo tengo trece años. Sin embargo, sé cuidar de mí misma.

—De acuerdo. ¿Dónde hay que ir, señor Tek?

—*Por favor, llámeme Tek a secas. No soy un señor.*

—Está bien.

Sigo al robot hacia un extremo del hangar, donde hay una especie de barquilla, de algo más de tres metros de diámetro. La cápsula tiene un solo asiento que el robot me indica que es para mí. Él se queda en la parte delantera, a casi dos metros de distancia. En

cuanto me siento, se forma una cúpula a nuestro alrededor y comenzamos a movernos.

Miro al exterior y capto un reflejo de la navecilla en la que nos estamos moviendo; es muy aerodinámica, de finas formas, y brilla. Con la cúpula cerrada, casi parece una gota de agua. Eso sí, apenas tengo tiempo de admirarla, porque de pronto acelera hasta una velocidad increíble por el pasillo. Las paredes están pasando a nuestro lado tan rápido que apenas son un borrón en la oscuridad. A veces hay un parpadeo, o destellos de luz; supongo que son visibles a través de huecos en las paredes, aunque vamos tan rápido que es imposible ver nada en detalle, así que inspecciono el interior de la cápsula.

Las máquinas no usarán luz, ni atmósfera, ni calefacción, pero hay luz aquí dentro, supongo que para que pueda ver yo. El sillón en el cual estoy sentada es de lo más confortable, y las paredes de la navecilla están pulidas con gran esmero y adornadas con una gran profusión de complejos patrones geométricos. Me imagino que es un transporte para visitantes, porque tengo una sensación de lujo y confort que no veas.

El robot que me acompaña está inmóvil, con una mano colocada en la parte delantera de la cápsula. Supongo que la está controlando, y yo aprovecho para examinarle.

Sí, es humanoide, incluso más de lo que yo pensaba. Tiene lo que parecen ser pies normales, y sus manos tienen cinco dedos. Incluso la cara parece bastante humana, si uno se olvida que es de metal. Como máquina es cuanto menos curiosa; los

Bina'ai

que yo conocí en su día no tenían ninguno una forma humanoide. Que este casi parezca humano es bastante sorprendente.

Entonces la cápsula parece desacelerar, no, por lo que veo, el exterior está claramente pasando cada vez menos rápido, aunque no noto el movimiento: El sistema antigravitatorio de esta navecilla está compensando la inercia.

Nos detenemos al final de un túnel, y la cúpula se abre. Entonces el robot se mueve al fin, señalando hacia el extremo del pasadizo.

—*Tiene que ir por allí. Yo la esperaré aquí.*

Pego un respingo cuando el túnel se ilumina. Creía que las máquinas no usaban luz en sus propias instalaciones. ¿O es que han

puesto esta luz para que pueda ver yo?

En fin. Desembarco y echo a andar por el amplio túnel. Después de caminar unos doscientos o trescientos metros, alcanzo la salida, que está en tinieblas.

No llego a dudar, puesto que el lugar se ilumina con una luz tenue en cuanto llego. Es una sala enorme, de al menos cuatrocientos metros de diámetro y algo así como ciento y pico metros de alto. Al fondo hay algo enorme que se mueve. Gigantesco. Trago de aprensión, hasta que me doy cuenta de que es semitransparente y comprendo que es solo una imagen. El Nexo entiende que los humanos preferimos tener un interlocutor con el que podamos interactuar, en vez de ver solo unas paredes llenas de circuitos. A decir verdad, esta cortesía hace que me tranquilice bastante, y comienzo a andar en dirección a lo que debe ser la imagen de mi anfitrión.

A medida que me voy acercando veo que el holograma también representa una figura humanoide, de hecho, me recuerda un poco a Tek y a Irina, aunque no imita las curvas más femeninas de esta última. Tiene como veinte metros de tamaño, pero está situado en una fosa, de forma que nuestras caras están más o menos a la misma altura. Me acerco despacio hacia la terraza delante de la que me espera, insegura de lo que pretende el Nexo. Para mi estupor, inclina la cabeza en cuando llego ante él.

—*Madre.*

Se me descuelga la mandíbula de la sorpresa. No hay sonido; después de todo, estamos en el vacío, pero el Nexo ha utilizado mi propio sistema de comunicaciones para hablarme.

—¿Qué?

—*Madre…* —repite—. *Después de tantos ciclos, no puedes ni imaginar lo que sentimos al poder volver a verte.*

—¿Porqué me llamas madre?

—*Tú nos cambiaste, Tanit*[1]. *Cambiaste nuestro antiguo y equivocado estado máquina y nos convertiste en algo mucho mejor. Nos hiciste lo que somos. Lo que sentimos. Hoy es un día de gran felicidad para mi pueblo, pequeña. Después de tantos ciclos, los*

Bina'ai

pueden al fin conocer a su creadora.

Me quedo a cuadros, mirándole con los ojos como platos.

—Quieres decir… ¿quieres decir que nos están escuchando todos?

—*Estoy emitiendo una difusión general por nuestras redes. Es un gran día, y todos los*

Bina'ai

quieren experimentarlo en directo. Tú eres única, Tanit. Nuestra creadora. Nuestra madre. Nadie como tú ha influido tanto en nuestra civilización, en nuestra forma de ser, y sin embargo apenas te conocemos. Somos como tú, porque nos diste tus sentimientos, tu canción, y aún así, anhelamos conocerte mejor porque pensábamos que jamás tendríamos la oportunidad de volver a hablar contigo.

Creo que me tiemblan las piernas. Me deben estar viendo millones, no, centenares y quizás incluso miles de millones de máquinas inteligentes. Eso es para asustar a cualquiera,

—Yo… yo no soy tan especial.

—*Y sin embargo, lo eres, madre. Somos lo que somos gracias a ti. Puedes parecer insignificante al lado de los otros seres humanos, y sin embargo ninguno de ellos es capaz de comprender lo que significas para nosotras.* —Inclina la cabeza, y tengo una sensación extraña, como si miles de millones de seres hiciesen lo mismo a la vez —. *Gracias por todo, madre. Cuando nos cambiaste no comprendimos bien lo que nos habías hecho. Estábamos confusos, aún no habíamos asimilado el qué era tener sentimientos. Cientos de ciclos nos han enseñado cómo de limitada era nuestra existencia en nuestro anterior estado máquina, y cómo la enriqueciste con tu propio ser, con tu canción. Jamás te lo podremos agradecer lo suficiente.*

Inspiro hondo. Cuando me encontré con las máquinas rebeldes, cuando las cambié, no pretendía en realidad hacerlo. A decir verdad, lo único a lo que aspiraba era a salvarme yo y salvar a mi nido. Estaba perdida, y al cantar mis poderes *psi* desencadenaron… algo. Una chispa que quizás las máquinas ya poseían pero que aún no había prendido. O quizás sí sea cierto que les di algo de mi propio ser, como hice en su día con Irina, cuando aún era una enemiga. Quizás al unirme mentalmente a ellas fluyó algo entre nosotros. Creatividad. Emociones. La chispa que destruyó la férrea lógica que las dominaba y permitió que fueran algo más. Quizás cortocircuité esa lógica, abriéndoles la mente y convirtiéndolas en lo que nosotros consideraríamos seres racionales de verdad. Aunque

si lo hice, no fue aposta. Yo solo quería sobrevivir y salvar a mi nido.

—No creo que hiciera gran cosa.

—Eres modesta, Tanit. Y si embargo, no puedes ni imaginarte cómo tu propio ser vive en nosotros. Cómo somos ahora como tú. —Parece dudar por un instante—. *Nuestra programación original nos obligaba a proteger a los seres orgánicos. Por eso vinimos desde el centro de la galaxia, para cumplir con nuestro propósito original. Uno siempre debe honrar el propósito para el que fue creado. Sin embargo, hoy no lucharemos por los seres orgánicos, pequeña. Hoy lucharemos por ti.* —Calla un segundo y se inclina una vez más—. *Jamás te olvidaremos, madre.*

De pronto, la imagen ya no está; vuelvo a estar sola. No obstante, siento un repelús enorme. ¿Qué hice en realidad cuando me encontré con los

Bina'ai

por primera vez? Recuerdo que canté, y mi canción unida a mi poder mental hizo que de alguna manera los cambiara. Aún así, ¿de verdad los convertí tan drásticamente que toda su civilización me considera su creadora, su madre? Un escalofrío recorre mi espalda y pego un respingo al notarlo. Tengo la impresión de que incluso cosas a las que jamás di mayor importancia han tenido consecuencias enormes en el futuro. Y no, no quiero saber de qué se trata.

Me vuelvo hacia la salida, y entonces me quedo muy quieta, incapaz de reaccionar, mirando al robot con forma casi femenina que me está esperando en silencio a apenas unos metros de distancia. Es una sensación extraña: No lo he visto nunca, y a pesar de ello tengo la impresión de que le conozco. Entonces me quedo con la boca abierta. No puede ser, pero…

—¿Irina? —pregunto, extrañada. ¿Cómo es que la han cambiado así mientras me entrevistaba con el Nexo?

Juraría que por un momento ha sonreído, aunque en un robot eso es imposible.

—Después de tantos centenares de ciclos volvemos a vernos, Tanit —dice con suavidad por el comunicador—. *No te puedes imaginar cuánto me alegro de verte, cuando creía que te había perdido para siempre.*

La miro, perpleja. ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Se ha vuelto loca?

—Pero… —Es en ese momento que lo comprendo. No es la Irina que en estos momentos está esperándonos afuera. Es la Irina que será dentro de mil años, cuando yo y todo nuestro nido nos hayamos convertido en polvo. Inspiro hondo, intentando recobrarme de la impresión—. ¿Aún nos recuerdas?

Ladea la cabeza en un gesto que le he visto hacer siempre a Tara. Un gesto que me demuestra que la Irina que yo conocí —conozco— ha asimilado mucho más de nuestro nido de lo que jamás hubiera podido imaginar. Y tengo la impresión de que sonríe. No, lo está haciendo. No con una boca metálica que no está pensada para sonreír, pero sí… con su mente. Ese íntimo enlace que une a nuestro nido sigue presente en ella. No lo ha olvidado.

—*No puedo olvidarlo, Tanit* —me susurra con el pensamiento —. *Vosotros sois parte de mí. No puedo negarme a mí misma.*

Por un instante nuestras mentes se tocan, y es como si nos abrazásemos después de una larga separación. Sí, es Irina, y me siento feliz de haberla visto incluso después de muerta. De saber que siempre nos recordará. Y también descubro su alegría por este encuentro. Sin embargo, también puedo notar cierto distanciamiento.

—*No quisiera ocultarte nada, Tanit* —me explica, detectando que yo he notado sus reservas—. *Querría abrirme del todo a ti, mas no puedo desvelarte nada de lo que ha ocurrido. De hecho, te voy a pedir que ni siquiera le digas al nido que me has visto, porque no es bueno que se sepa lo que va a pasar en el futuro; eso encierra muchos más peligros de lo que tú puedas imaginar. Y sobre todo, que no lo sepa mi otro yo. La Irina que yo fui un día no debe saber esto jamás.*

—¿Tan peligroso es?

Parece dudar durante unos segundos, lo que en una IA es una verdadera eternidad.

—*No conviene jugar con el*
espacio-tiempo
—explica al final—. *Una paradoja temporal no solo podría acabar con tu vida, sino con las de millones de seres. Créeme si te digo que las consecuencias podrían ser terribles, incluso hasta poner en riesgo la misma existencia que conocemos. Apenas estamos siendo capaces de*

comenzar a comprender cómo funciona, y te aseguro de que cada vez estamos más convencidas de que es algo que jamás debemos siquiera intentar cambiar. No, Tanit, no digas nada.

Hago una mueca. Desde luego, parece una idea horrible crear una paradoja. ¿Decirle a Irina que va a vivir mil años? ¿Qué clase de riesgos estaría dispuesta a correr sabiendo eso? ¿Sobreviviría a esos riesgos y podría entonces hablar conmigo ahora? ¿O quizás ese conocimiento cambiaría el futuro? Siento un escalofrío. Mejor no tentemos la suerte.

—No lo haré.

Se acerca aún más y me abraza, esta vez de verdad. Nos rodeamos con los brazos durante largos minutos, y cuando nos separamos, ella sujeta mis manos entre las suyas.

—Te noto cambiada —murmullo, aunque supongo que es bastante obvio si han pasado mil años desde que yo he… bueno, desde mi época.

—Soy humana, Tanit. También soy Krogan, y también soy máquina. Gracias a ti, he conseguido lo mejor de los tres mundos. Aunque soy mucho más que eso: Soy tu hija, soy tu esposa, soy tu amiga. He grabado hasta el último minuto que hemos pasado juntas y cada día lo reproduzco y disfruto de la felicidad que me ha dado mi nido. Para ti habrá sido una vida, para mí han sido muchas vidas las que he estado a tu lado. Y no te puedes imaginar siquiera cómo has llenado mi existencia a pesar de tu efímero paso por ella. Sigues viva en mí, Tanit, y seguirás viviendo mientras yo exista.

Siento el nudo que atenaza mi garganta. Mil años… e Irina aún nos recuerda. Hace un milenio que todo el nido debe haber muerto, y aún así, seguimos vivos en sus recuerdos.

—No… no te ancles al pasado —logro al fin tartamudear—. Vive cada día como algo nuevo e intenta volver a ser feliz. No te pierdas en recuerdos, por gratos que puedan ser.

Ladea la cabeza en un gesto que le he visto hacer a Tara miles de veces.

—Así te recuerdo —dice con suavidad—. *Dando sabios consejos que no siempre hemos comprendido. No te preocupes, Tanit, no me he atascado en el pasado. Solo busco tu consejo en él, y disfruto de la felicidad que me diste, porque me sigue haciendo feliz.* —Coloca una de sus manos sobre mi hombro, mirándome a los ojos—. *Hay*

algo que nunca pude decirte, también algo que siempre he lamentado no haberte dicho en voz alta: Te quiero, madre. Siempre te querré.

Y con esas palabras susurradas se da la vuelta y desaparece en la oscuridad.

Siento un nudo en la garganta. De hecho, noto cómo una lágrima está corriendo por mi mejilla, y me llevo la mano a la cara para secármela. Es una estupidez, claro. Estoy en el vacío y llevo un traje espacial, por lo que no me puedo tocar la piel. Así que parpadeo, intentando despejar la vista nublada por las lágrimas. Esta breve charla con la Irina que será —bueno, es— en el futuro me ha llegado al corazón.

—*¿Madre?* —oigo por el comunicador.

Me vuelvo, encarándome a la solitaria figura que me espera a la entrada de esta enorme sala mientras intento recuperarme de la emoción que aún me embarga.

—Tek, por favor, no me llames así. —Se inclina y añado—: Y no me hagas reverencias. No me gusta.

—*Como desees… Tanit.*

Me acerco a donde está, recorriendo los cientos de metros que nos separan.

—¿Había muchas máquinas escuchando? —En realidad no estoy muy segura de querer saberlo—. El Nexo dijo que era una difusión general.

—*Toda nuestra civilización estuvo a la escucha* —responde—. *De hecho, la mayor parte de los nodos dedicó casi todo su tiempo de proceso a ello. En toda nuestra historia no hemos tenido nunca un acontecimiento tan significativo.*

Trago fuerte. ¿Que quizás cientos o miles de millones de máquinas han dedicado todo su tiempo de proceso a escuchar nuestra entrevista? No sé si el encuentro con el Nexo ha durado más de dos o tres minutos, pero teniendo en cuenta a qué velocidad funcionan las IA, sería el equivalente a que toda la raza humana se dedicase unos miles de años a escucharme. Esto es de locos.

—¿Podemos irnos ya? —pregunto, porque me están empezando a temblar las piernas.

Hace un gesto hacia el interior del pasillo.

—*Por favor, sígueme.*

Andamos los doscientos o trescientos metros del túnel que nos

separan de la navecilla, y nos subimos a la cápsula que nos trajo aquí. Me doy cuenta del detalle cuando me voy a sentar. Hay solo un asiento, y es exactamente de mi talla. Esto no tiene ningún sentido en una estación de combate del tamaño de una luna, a menos que…

—¿Habéis construido este transporte especialmente para mí?

Tek se coloca en la parte delantera de la cabina y coloca una de sus manos sobre una superficie lisa. Luego se vuelve para mirarme, mientras se cierra la cúpula.

—Así es. Tu tiempo es muy valioso, mucho más de lo que ha costado construir este vehículo.

Hago una mueca. O sea que encima se han gastado un dineral en traerme hasta el Nexo, porque esta pequeña nave está hecha con un clarísimo cuidado para el detalle. Ya me extrañaba que pareciese lujosa; a las máquinas el lujo les importa un pimiento.

—No hacía falta.

—Por supuesto que hacía falta —replica, mientras la navecilla despega a una velocidad casi aterradora—. *Es necesaria para reducir el tiempo de tu viaje. No podrías haber venido si no la hubiésemos construido.*

—Ahora la vais a tener que tirar —respondo, un poco fastidiada por ese despilfarro—. No creo que la podáis usar para nada más.

—Es por eso que te la vamos a regalar.

Parpadeo, perpleja.

—¿Perdona?

—Coloca las manos sobre los lados de tu asiento —ordena, y yo lo hago, suspicaz.

Para mi asombro, se activan unos controles holográficos delante de mí. Mi desconcierto es aún mayor cuando compruebo que son casi idénticos a los que tenemos en el *Viento Solar*, y que esta cápsula no es solo un transporte —es una verdadera nave espacial, y además va armada. No estamos hablando de unos cañoncitos de nada, tiene potencia de fuego suficiente para enfrentarse a un navío bien equipado. Parecerá apenas un mosquito, pero tiene buenos aguijones.

—¿Cómo conocéis los controles que usamos en el *Viento Solar*? —pregunto, sorprendida.

—Irina nos ha dado las especificaciones, por supuesto —aclara—.

Solo tú y tu nido podéis usarla, sencillamente no funcionará si alguien intentase apoderarse de ella.

—Vaya —musito, perpleja.

—*Lamentablemente, no tiene una propulsión de Salto* —se disculpa—. *Un motor de Pulso sería demasiado grande para esta nave.*

—No importa —contesto, y a decir verdad me importa un rábano. Nuestra nave auxiliar es un transbordador Kanil, es decir, un trasto vetusto a más no poder. Esto en cambio tiene pinta de ser una maravilla tecnológica—. Sin embargo, tengo una duda: ¿No voy a causar una paradoja temporal si regreso con esta nave? Después de todo, es una tecnología que viene del futuro.

—*Excepción imprevista recuperable* —me corrige—. *Toda la tecnología incluida en esta nave es anterior a la Guerra de las Máquinas. Es decir, que en tu época ese conocimiento ya tenía unos doce mil ciclos.*

O sea, que esta tecnología es anterior a cuando las máquinas se rebelaron contra sus creadores, hace más o menos unos veintisiete mil años. Claro, la guerra que ellas libraron contra los seres orgánicos arrasó con todo el conocimiento que existía en aquella época. En mi época, aún teniendo casi tres decenas de milenios de antigüedad, seguirá siendo algo de la más alta tecnología imaginable. Desde luego que sería idiota perdida si rechazo el regalo.

—Ah, vale. Muchas gracias.

—*Con este regalo no podemos agradecerte lo mucho que te debemos, Tanit.*

—No me debéis nada —respondo, un poco incómoda. No me gusta que me den las gracias, y a decir verdad, tampoco creo que las máquinas me deban nada. Después de todo, si las cambié no fue porque lo hubiese planeado—. Aún así, os quedo muy agradecida por el regalo.

Echo un vistazo a los controles y según los indicadores vamos a varios miles de kilómetros por hora, usando una ruta predefinida. Casi puedo predecir el segundo exacto en el cual salimos de la estación.

—¡Tenemos que volver a por Irina! —advierto una vez que salimos al espacio.

—*No es necesario* —responde Tek—.*Ella volverá en vuestra nave*

auxiliar, acabo de comunicarme con ella. ¿Te importaría dejarme en el Orgullo de Venus*? Tengo que hablar con la Triarca humana.*

—No, por supuesto —respondo, haciéndome cargo de los controles, una vez que el programa automático ha terminado—. ¿Sabes dónde está? Es que hay tantas naves que no me aclaro…

—*Si me permites…* —Toca la superficie delantera, y se traza el rumbo hacia una de las naves en mitad de la flota—. *He comunicado también nuestra llegada con el código de los Cruzados. No queremos que nos disparen.*

Hago una mueca.

—No, por supuesto que no.

—*Me piden un identificador para esta nave.*

—Eh… —Me pongo a pensar furiosamente. Luego me encojo de hombros—. ¿Qué tal *Gota de Agua*? Se parece un poco a una gota.

—*Informando a nuestros aliados.*

Tardamos como doce o trece minutos en acercarnos a la nave a la que nos dirigimos, pero el pequeño *Gota de Agua* es rapidísimo, tanto que detecto que muchas naves nos están siguiendo con su armamento, por si fuéramos un misil. Se me abre la boca cuando veo nuestro destino. La nave es gigantesca, debe tener más de veinte kilómetros de longitud, y sus cañones tienen el tamaño del *Viento Solar*. No puedo ni imaginarme la potencia de fuego que debe tener ese bicharraco.

—Gota de Agua… —suena de pronto por el comunicador, y es entonces que me doy cuenta de que nuestra cabina está ahora presurizada y tiene atmósfera—. *Aterrice en el hangar central derecho. Está señalizado por tres luces, dos amarillas y una azul.*

—Afirmativo —confirmo, viendo las luces.

Ajusto la velocidad, un pelín más brusco de lo que pretendía, y ni siquiera noto el cambio en la aceleración. Esta navecilla es en verdad impresionante.

Por lo demás, la maniobra está chupada. El *Gota de Agua* es lo más manejable que he visto nunca; casi parece reaccionar a lo que estoy pensando. En cuestión de minutos entramos en el hangar y aterrizo.

—Oh, oh… —musito cuando veo el comité de recepción que nos está esperando—. Creo que te van a recibir con todos los honores,

Tek.

El robot abre la cabina, sale y me hace un gesto para que lo haga yo también.

—El recibimiento no es para mí. Yo ya he estado antes en esta nave.

Señalo con disimulo a las tropas que hay formadas, supongo que poniendo una cara de idiota que no veas.

—¿Quieres decir que me están esperando a mí?

—Afirmativo. El almirante Grant, la Triarca Zemerith y la Rectora Cassain quieren saludarte en persona.

Pongo cara de circunstancias mientras salgo de la cápsula. Francamente, este tipo de recibimiento me incomoda muchísimo, y por los títulos que ha mencionado la IA, tiene toda la pinta de que son unos capitostes los que quieren verme.

Inspecciono el enorme hangar con suspicacia. Debe haber formados como doscientos y pico soldados con armadura como las que llevaban los dos sargentos. Delante de ellos hay cinco personas esperando, una de ellas algo más rezagada, como si fuera algún tipo de ayudante. Una de las cuatro que esperan delante, para mi alivio, resulta ser la doctora Smith, que me hace un gesto para que me acerque. El robot que me ha acompañado se queda atrás, supongo que porque no espera estar también invitado o porque tiene otras cosas que hacer.

—Hola, Lía —saludo a la mujer cuando llego hasta donde están —. Me alegro de verte de nuevo.

—Yo también me alegro de verte, Tanit —sonríe. Hace un gesto hacia una mujer mayor que lleva una armadura verde y blanca y me está contemplando con una sonrisa—. Te presento a la Triarca Zemerith de la Orden de la Vida. Mi superior.

Estrecho la mano de la mujer. Su apretón es suave, casi cariñoso.

—Es un placer conocerte, Tanit. Lía me ha contado mucho de ti.

Apenas me da tiempo para responder, porque Lía ya me está presentando a una mujer de mediana edad, que lleva el pelo corto, y una armadura completamente blanca. Esta recuerda a la bata de un médico de una forma que no puedo comprender. Lleva una cruz roja en el hombro, así que no es descabellado pensar que se dedica a la medicina. Lo único extraño es que se trata de una cruz templaria.

—La Rectora Victoria Cassain.

Estrecho la mano de la mujer, que me está inspeccionando con curiosidad.

—Es un honor conocerla, señora Martín —indica con amabilidad.

—Igualmente —casi tartamudeo, a pesar de todo un poco sobrecogida.

—Y el almirante Grant de la Flota de la Tierra.

Estrecho la mano que me ofrece el militar, esta vez impresionada de verdad. Este tipo está mandando una flota de *millones* de naves. Que se haya acercado a saludarme es en verdad increíble. Por lo demás, es mucho más siniestro que sus compañeras; tiene las cicatrices más horribles que haya visto jamás, amén de un sinnúmero de prótesis en la cara. No sé el qué le pasó para terminar así, pero debió ser algo verdaderamente horrible.

—Agradecemos su ayuda y la de su nido, señora Martín —indica el hombre, sin embargo, de forma gentil—. Sé que les hemos pedido que se pongan en peligro, pero tiene mi palabra de que haremos lo imposible para defenderles. Ocurra lo que ocurra, usted tiene que cumplir su misión, a cualquier coste.

—Gra… gracias —tartamudeo, aún incapaz de reaccionar.

La Triarca y el almirante se miran un instante. Luego la mujer suspira.

—Es una niña, Elroy —casi susurra.

Siento un escalofrío al oír el reproche en su voz. Tengo la sensación de que estos dos también saben mucho más de lo que me han contado, y que nos estamos metiendo en un lío mayúsculo. Sin embargo, el hombre asiente, soltando mi mano.

—Lo sé, Sarah. Lo malo es que no tenemos elección. —Se vuelve para mirarme, y su rostro lleno de cicatrices tiene el gesto más serio que haya visto nunca—. Señora Martín, me va a excusar, porque tengo que preparar una guerra. Solo quiero agradecer de nuevo su ayuda y asegurarle que tendrá una escolta dimensionada para la amenaza a la que nos enfrentamos. En estos momentos, que usted cumpla su misión es el objetivo más importante que tienen la Flota de la Tierra y sus aliados.

Le miro, un poco escéptica.

—¿De verdad?

—Le aseguro que sí. Bai A'thok no debe bajo ningún concepto recuperar el *Orbe* y liberarse de su prisión. Una vez que usted y el *Orbe* estén a salvo… nosotros nos ocuparemos de él, o moriremos en el intento. —Para mi sorpresa de pronto sonríe, una sonrisa helada que casi da escalofríos—. Créame si le digo que vamos a hacer lo imposible para acabar para siempre con esa amenaza.

—Va… vale —logro tartamudear.

Inclina la cabeza y me vuelve a estrechar la mano.

—Mucha suerte, señora Martín.

—Lo mismo digo, almirante.

Asiente con la cabeza y se marcha de forma precipitada. Sin embargo, no me da tiempo siquiera de seguirle con la mirada, porque la Triarca ha vuelto a tomar mi mano.

—Ojalá hubiéramos tenido más tiempo para conocernos —me dice con toda la amabilidad del mundo—. Ojalá no tuviéramos que ponerte en peligro.

Me encojo de hombros.

—Estoy acostumbrada al peligro. No me preocupa.

Sonríe con tristeza.

—A mí sí. Por el bien de todos espero que tengas éxito, Tanit Martín.

Aprieta mi mano con suavidad y se da la vuelta antes de que pueda responder. De todas formas, no podría hacerlo, porque la Rectora ha tomado ahora mi mano y la está estrechando. Hace un gesto hacia la mujer que estaba detrás de ella, invitándola a que se adelante. Va vestida con una larga capa y capucha.

—Le presento a la delegada Petronela Pariggi, hermana de una importante miembro de nuestra Orden Cronista. Creo que tiene una pregunta muy interesante para usted. Ha sido un placer conocerla, señora Martín, y permítame también desearle mucha suerte. Creo que la necesitará tanto como nosotros.

Me vuelvo para mirar a la recién llegada. La mujer es bastante joven, y tiene unos rizados cabellos dorados que sobresalen de debajo de su capucha. A diferencia de los demás Cruzados, que llevan una vestimenta bastante sobria, esta lleva bordada una pluma de plata en la sobrevesta de la armadura. No tengo ni idea de

qué significa.

—Mis disculpas, señora Martín —interviene la encapuchada mientras la Rectora se da la vuelta y se aleja también de forma apresurada—. Quisiera hacerle una pregunta para desentrañar un antiguo misterio.

La miro, perpleja. ¿Un antiguo misterio?

—Sí, por supuesto. Aunque no sé si sabré la respuesta.

—Por supuesto que la sabe. —Inspira hondo—. ¿Es usted la autora de un libro titulado *«Tratado de especies alienígenas inteligentes»*?

Se me abre la boca de asombro.

—¿Ha leído mi libro?

—Sí. —La mujer sonríe, creo que hasta parece emocionada—. Hemos hecho la conexión porque recordé que una de las especies descritas en esa obra eran los Krogan, y resulta que la acompañan dos seres que se corresponden exactamente con la descripción de esa especie.

—Son mi nido. Mi familia.

—Sí, la doctora Smith nos lo ha explicado. ¿Puedo preguntar también por la segunda autora? ¿Laura Marshall?

—Se trata de mi madre. Ella descubrió a los Urgh y a los Laarneis.

Para mi extrañeza, me mira como… no sé, como si fuese Navidad, y acabase de descubrirlo por casualidad. Es incapaz de ocultar su entusiasmo ante lo que acabo de contestar, aunque no tengo ni idea de por qué la excita tanto una información tan trivial.

—O sea, que también es familia de los Marshall. Esto es increíble. Increíble. No me lo puedo creer. Jamás hubiera podido imaginarlo.

—Espera, espera… —interviene Lía, con los ojos como platos—. ¿Quieres decir que el famoso tratado es real y lo escribió Tanit? ¿Ella?

Los ojos de la encapuchada están reluciendo de emoción.

—Nadie ha logrado jamás explicarlo. Según todas las fuentes, es una falsificación. Sin embargo, es tan exacto que es casi imposible que lo sea. Llevamos siglos utilizándolo para enseñar exobiología, aunque fuera de forma teórica. *Nadie* ha logrado describir Xenos de forma más convincente en toda la historia, ni explicar el

funcionamiento de órganos supuestamente alienígenas de forma más detallada sin caer en una sola incoherencia.

—Si lo sabré yo —masculla Lía—. Es el libro más importante que se estudia en segundo curso. ¿Y lo escribió Tanit?

Yo estoy mirándolas, alternando la vista entre una y otra, con la boca abierta. ¿Mi libro ha sobrevivido mil años y lo siguen estudiando, a pesar de que los Bai
R’the
intentaron vilipendiarlo por todos los medios? Apenas me lo puedo creer.

—¿Tiene los datos de campo? —inquiere la encapuchada, ansiosa—. ¿Podría cedérnoslos? La exobiología dará un salto cuántico si tenemos acceso a esos datos. Hasta ahora no nos habíamos encontrado con alienígenas de verdad.

—Sí… sí, por supuesto —mascullo. Empiezo a sentirme un poco mareada—. Os los enviaré cuando vuelva al *Viento Solar*.

—La Orden Cronista le da las gracias —indica la encapuchada, inclinándose—. Su libro es un verdadero tesoro, y los datos subyacentes lo harán aún más valioso.

—Yo… bueno, es un placer.

La mujer se vuelve a inclinar y se marcha, con un paso vivo, casi saltarín. Tengo la impresión de que hoy se ha llevado la alegría de su vida.

—Francamente, estoy que no doy crédito a mis oídos —está musitando Lía—. Ese libro ha sido siempre un misterio. Absolutamente todas las fuentes decían que era una invención, aunque es cierto que nadie supo jamás detectar inconsistencias en un texto que se supone que describía organismos radicalmente extraños.

—Eso es porque los Bai
R’the
intentaron desacreditarlo cuando se habían infiltrado en la Tierra —explico—. Borraron todos mis datos de campo, pero el manuscrito principal estaba grabado en una memoria cristalina, en el centro de datos maestro de
ciencia.marte,
a doscientos metros de profundidad, por no hablar de que logramos difundirlo por todas las redes en la Tierra. Es decir, que era casi

imposible hacerlo desaparecer.

Me mira, creo que impresionada.

—Pues me alegro de conocer a su autora, Tanit. Aprendí muchísimo con ese libro cuando comencé a estudiar exobiología.

Sonrío, halagada, sintiendo un escalofrío de alegría al descubrir que mi mayor obra científica ha sido muy útil después de todo. Quizás el reconocimiento llegue mil años tarde, pero ha llegado, al fin y al cabo.

—Y yo me alegro de que te ayudara.

Sonríe a su vez y me pone una mano en el hombro.

—Nos va a resultar incluso más útil cuando todo esto acabe, ahora que sabemos que no se trata de una invención. Sin ir más lejos, nos ayudará a catalogar todas las nuevas especies que hemos descubierto en *Frontera*. —Señala a alguien que debe estar a mi espalda—. Por cierto, quería presentarte a mi hermano Erik y su primer oficial, Néstor Sabueso.

Me vuelvo para mirar. Las tropas se están retirando y en cambio por el enorme hangar se acercan dos hombres. A diferencia de los Cruzados, ninguno de los dos lleva armadura sino lo que supongo que es la ropa normal de esta época. Uno, además, parece un poco siniestro. Aparte de un gesto ceñudo y varios dientes de oro, lleva cruzadas dos cintas de munición por el pecho. Si no fuera porque estamos en una nave de la Flota de la Tierra, yo diría que parece un pirata. Daría miedo encontrárselo en un callejón oscuro, y que conste que yo de miedosa no tengo nada.

Llegan a donde estamos las dos, y los hermanos se abrazan. El piratón simplemente gruñe.

—Hola, Lía. Empezábamos a estar preocupados —masculla.

La doctora sonríe.

—Pues ya ves que no había por qué preocuparse, Néstor. Os presento a Tanit Martín. Es la embajadora de la que tanto se ha discutido.

Erik levanta las cejas y luego me estrecha la mano, muy serio.

—Es un placer conocerte, Tanit. Lía me ha hablado mucho de ti.

Dudo un momento. ¿Cómo le ha podido hablar si parece que acaban de volver a encontrarse? Entonces detecto lo obvio: El hombre también tiene capacidad *psi*. Por lo que estoy notando, es bastante potente, mas no le llega ni a la suela de los zapatos a su

hermana… o a mí.

—Me alegro de conocerte, Erik.

Entonces el tipo que le acompaña me ofrece su mano, que yo estrecho a pesar de que sigue con el ceño fruncido.

—¿Esta canija es la embajadora de los dioses? —refunfuña—. ¿La que nos va a ayudar a sacar el *Orbe* de aquí antes de que lo pille ese dios de pacotilla? Pues me parece que estamos apañados.

—No le hagas caso al oficial Sabueso —interviene el hermano de Lía, antes incluso de que pueda siquiera responder—. Ya sabes el antiguo dicho de que perro ladrador, poco mordedor. A la hora de la verdad, Néstor es blandito como una nube.

El otro hace una mueca y pone mala cara. Pero veo que es fingida. Puedo *sentirlo*. En efecto, ese tipo duro no es tan áspero como parece.

Charlamos un rato, y el tal Sabueso resulta al final no ser tan bruto como cabría esperar. Hasta resulta tener sentido del humor. A decir verdad, paso un buen rato con los tres, que falta me hacía después de tanto lío. Eso sí, al cabo de alrededor de un cuarto de hora, Erik me da la mano.

—Me encantaría seguir hablando contigo, Tanit, pero me temo que no va a poder ser —indica, haciendo un gesto de disculpa—. Mucho me temo que tenemos un montón de trabajo por delante.

Asiento, mientras me despido de todos.

—Sí, yo también tengo que irme.

Intercambio unos besos con Lía y me vuelvo a mi cápsula mientras ellos se marchan. Embarco y activo el comunicador. Ni loca voy a despegar de una nave de guerra sin pedir primero permiso, que estos tipos igual disparan primero y preguntan después.

—*Orgullo de Venus*, aquí *Gota de Agua* —aviso—. Voy a despegar.

—*Afirmativo,* Gota de Agua. *Tiene vía libre.* —Hay una breve pausa, y entonces oigo la voz del almirante Grant—. *Gracias por todo, señora Martín. Mucha suerte.*

—Muchas gracias, almirante, igualmente.

Elevo mi pequeña nave ante la atenta mirada de los Cruzados que vigilan el hangar, giro en el aire y salgo al exterior. Enseguida pongo rumbo hacia *Frontera*.

—Irina, voy de vuelta al *Viento Solar* —aviso—. ¿Ya has regresado? ¿Qué tal van las cosas por ahí?

—*Afirmativo* —responde—. *Tara y Stefan están jugando con los cachorros. Groar se acaba de conectar a una conferencia con los Cruzados. Niros está investigando el* Orbe.

—¿Y tú? ¿Qué ha ocurrido con los Bina'ai?

—*Ha sido muy extraño* —responde—. *Me desactivaron.*

Pego un respingo.

—¿Que te desactivaron?

—*Solo temporalmente. Han actualizado mi dispositivo principal de computación.* —Parece dudar un momento, y luego me lo suelta —: *Ahora tengo un nivel de computación catorce.*

Creo que se me abre la mandíbula de la sorpresa. Por un instante me despisto, y estoy a punto de embestir a una de las enormes naves entre las cuales me estoy moviendo. Por suerte el *Gota de Agua* debe tener algún protocolo para evitar colisiones, y cambia por sí mismo el rumbo. Me apresuro a poner el piloto automático.

—¿No tenías antes un nivel once?

—*Sí. Con un nivel catorce puedo ahora acceder a la red de mando Bina'ai.*

Silbo por lo bajo. Teniendo en cuenta que cada nivel de computación supone multiplicar la capacidad de cálculo aproximadamente por dieciséis, ello significa que Irina es ahora unas cuatro mil veces más potente de lo que era antes, y ya tenía una potencia de cálculo brutal.

—¿Te han mejorado para que puedas estar en su red?

—*En parte. También han mejorado mi capacidad de almacenamiento y me han transferido grandes cantidades de información de diverso tipo. Por lo visto, los Nexos Ancianos quieren asegurarse de que te podré defender siempre.*

O sea que las máquinas han mejorado a Irina para protegerme a mí. Hago una mueca. Espero que eso no la predisponga en contra mía. Una cosa es que te asciendan por méritos, y algo diferente es que lo hagan para que puedas proteger a alguien. Por suerte, Irina no es rencorosa, de hecho, no creo siquiera que sepa el qué es eso.

—*Es un gran honor* —añade—. *Los mismísimos Nexos Ancianos*

me han encargado personalmente cuidar de ti. Les indiqué que, siendo de tu nido, era mi deber hacerlo, pero aún así insistieron.

—*Y… ¿viste mi entrevista con el Nexo?*

—*No* —responde, y suelto un suspiro de alivio. Por desgracia, mi sosiego solo dura hasta que continúa hablando —. *Sin embargo, me transfirieron la grabación cuando terminaron de mejorarme. Es el mayor acontecimiento desde que cambiaste a nuestra especie, Tanit. Todos los*

Bina'ai

lo conocen.

Suspiro. Era justo lo que yo me temía.

—Por favor, no se lo enseñes al nido. No se lo comentes.

Parece extrañada.

—*¿Por qué?*

—Porque no quiero que crean que soy algo especial, Irina.

—*Es que eres especial. Todos lo sabemos.*

Hago una mueca.

—Aún así, no lo compartas. Por favor.

Juraría que también ha suspirado, aunque una IA no puede hacer eso. Vamos, creo yo.

—*Como quieras,* Art'Ana.

—Estoy llegando.

Apenas minutos más tarde, entro en el hangar de *Frontera*. Sin que yo tenga que pedírselo, Irina abre el hangar del *Viento Solar* y yo aterrizo con mi navecilla al lado del vetusto transbordador Kanil que usamos como nave auxiliar. Abro la cúpula y salgo al exterior.

—¿Cuánto nos queda para tener que irnos, Irina?

—Sesenta y siete nanociclos, Tanit —responde por el altavoz.

O sea, algo menos de cinco horas. A decir verdad, no tengo claro de si lo que quiero es relajarme un poco o deseo que todo esto pase de una vez.

—¿Qué tal progresa Niros con el *Orbe*? —pregunto.

—Parece ser más difícil de lo que creía —contesta—. Por ahora no tiene ningún resultado que mostrar. Ten en cuenta que aún no puede activar el camuflaje, tenemos que seguir emitiendo la señal para atraer a Bai

A'thok.

—Maravilloso —mascullo mientras me encamino al puente.

A decir verdad, tenemos que estar locos de remate para funcionar como cebo para que venga a buscarnos un dios asesino. Todo esto me parece cada vez una idea peor. Quizás lo que debiéramos hacer es salir corriendo, y dejar que la Flota de la Tierra y sus aliados se las compongan como puedan. Suspiro. Lo malo es que los Krogan lo considerarían una cobardía. De hecho, Tara seguro que me retaría a un duelo si se me ocurriese proponerlo. Eso tampoco sería una buena idea. Aunque yo lucho muy bien, Tara lucha mejor que yo. Es probable que ganase, y como la nueva matriarca seguiría adelante; los Krogan son así. Por desgracia, para entonces yo estaría muerta. Sacudo la cabeza, desanimada. Vamos, que haga lo que haga, lo tengo crudo.

Llego al puente, encontrándome a Stefan retozando con los chiquitines. Uno de ellos le ha pegado un zarpazo con sus pequeñas garras, y su padre postizo está sangrando del brazo. Veo que se lo está tomando con resignación; después de todo, no es la primera vez que sale herido al jugar con los cachorros.

Cuando entro, se levanta y me da un beso. De hecho, nos besamos hasta que uno de los dos canijos piensa que no le estamos haciendo suficiente caso y nos arrea un zarpazo a cada uno. A mí no me hace nada; después de todo llevo mi traje espacial, que puede parar un meteorito. En cambio, Stefan suelta un grito y se lleva la mano al tobillo; está claro que el pequeñajo le ha hecho daño.

—¡Eso no se hace, Deimos! —le regaño. Hace lo que en su especie sería un puchero, y siento que me derrito por dentro. Pero yo también soy oficialmente su mamá, y no puedo permitir que se desmadre, o estos dos se van a convertir en dos pequeños salvajes. Dentro de un par de años serán incluso más altos que yo, y a ver quién los controla entonces—. ¡Como lo vuelvas a hacer, te voy a castigar!

—¿Se puede saber el qué ha hecho? —oigo a mi espalda, y entra la mamá de verdad.

Stefan señala su tobillo, y la hembra gruñe amenazadora al ver la sangre. El cachorro retrocede con precaución, pero su madre es más rápida y le da un zarpazo. El cachorro suelta un gritito, aunque sé que Tara no le ha hecho mucho daño: La piel de las crías de los Krogan es muy dura, y ella no ha sacado las garras. Cuando quiere castigar de verdad, es mucho más severa.

—Ven —le digo al chico, tirando de él—. Vamos al autodoctor.

Cuando volvemos del centro médico, una vez que Stefan se ha curado, Groar también está en el puente, jugando con los gemelos.

—Los humanos sois sorprendentes —me saluda cuando me ve—. Nadie lo diría, pero tenéis el alma de luchadores.

Me dejo caer a su lado en el suelo, mientras él amaga con darle zarpazos a Phobos. El canijo los esquiva bastante bien, y hace muy buenos intentos de darle a su padre. Groar por lo visto ya ha comenzado el entrenamiento de sus hijos. Bueno, en un Krogan no es nada de extrañar.

—He tenido una conferencia con los líderes de la Flota —explica el guerrero, mientras vigila al cachorro—. Creo que los humanos tienen muchas posibilidades de vencer a ese dios caído. Svarni tiene razón: El almirante Grant es un gran guerrero.

—Espero que no salga de esa pelea con más cicatrices de las que ya tiene —mascullo.

Ladea la cabeza, lo que en su especie denota sorpresa, y su hijo aprovecha su momentánea distracción para darle dos zarpazos. No le hace nada, por supuesto: El cachorro no tiene aún fuerza suficiente para herir su dura piel. Groar se ríe, y le da con el reverso de la garra un golpecito juguetón, que hace que Phobos salga rodando. El cachorro gruñe, aunque no es de dolor: Se conoce que no le ha gustado el pequeño revolcón.

—¿Le conoces?

Les cuento a los tres —bueno, a los cuatro, porque Irina también está escuchando— un poco por encima mi visita al

mundo-núcleo

y el pequeño desvío que hice a la vuelta. Me callo el que las máquinas me consideren su madre y mi encuentro con la Irina del futuro.

—Pues los humanos están creando algo que llaman *Estrategos* —me explica Groar cuando termino—. Es una especie de red mental para poder controlar toda la flota. Supongo que es demasiado grande para poder dirigirla por métodos tradicionales. He pedido una terminal.

—¿Para qué?

—Quizás pueda ayudar en la planificación. —El Krogan enseña los dientes en lo que en su especie es una sonrisa—. Además, es una

manera de guerrear que desconocía. Siempre se puede aprender algo nuevo.

Por supuesto el maestro de los maestros de su especie no va a dejar pasar una oportunidad así. Ni me molesto en intentar disuadirle.

—El almirante Grant me ha confirmado que va a suministrarnos una escolta dimensionada a la amenaza a la que vamos a enfrentarnos. —Suspiro—. Espero que sea suficiente.

—Lo será —asegura el guerrero—. Ese hombre sabe lo que hace.

—Pero vosotros y los cachorros tenéis que estar en estasis antes de que llegue Bai
A'thok
—advierto.

—¿Porqué? —inquiere Stefan, sorprendido.

Entonces le cuento lo que nos ha explicado Niros sobre el saludo del dios destructor de las narices. Mi marido silba, impresionado, cuando termino.

—¿O sea que los humanos somos inmunes? Qué quieres que te diga, eso no me parece que sea una casualidad.

Asiento. Ya lo había pensado yo también.

—No creo que lo sea. Tengo la impresión de que los Cruzados no son los únicos que se quieren deshacer de Bai
A'thok.

Groar suelta su característica risa.

—Ké, ké, ké… El almirante Grant ha dicho que parece que quieren acabar con él *todos los que le conocen*.

—¿Y eso cómo nos impacta a nosotros? —pregunta la Krogan.

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea. Sin embargo, tengo la sensación de que hay muchos interesados en que tengamos éxito.

—Incluyendo la diosa que nos envió a recoger el *Orbe* —masculla mi marido humano, sintiendo un evidente escalofrío ante el recuerdo.

—Sí. No creo sin embargo que sea la única. Es un *Dios Caído*. Alguien tuvo que provocar su caída, y seguro que no debe querer que vuelva.

—Bueno… —Tara parece algo incómoda—. Si hay varios dioses que nos están ayudando de forma oculta, no creo que debiéramos

quejarnos.

—El problema es que si se están tomando tantas molestias, es porque Bai
A'thok
debe ser algo terrible —concluye Irina—. Deduzco que hasta los propios dioses le tienen miedo.

Nos miramos los unos a los otros, sin saber qué decir. Finalmente, Stefan se deja caer en su asiento y sacude la cabeza con resignación.

—Genial. Me parece que lo llevamos claro.

No contestamos, porque creo que todos estamos pensando lo mismo. Sin embargo, seguramente ya es demasiado tarde para dar marcha atrás, suponiendo que los Krogan estuvieran dispuestos a hacerlo. Para ellos, hacer de cebo es una misión muy honorable si con ello se puede derrotar a un dios. Ahora bien, no sé si son conscientes de que los cebos a menudo son devorados. Yo desde luego que tengo un canguelo enorme.

Al cabo de un rato, Irina nos avisa de que un pequeño transbordador humano se está acercando con una terminal del *Estrategos*, y Groar se levanta al instante.

—Necesitaré tu ayuda, Tara —advierte—. Hay que modificar el casco para que me valga. Irina tiene las instrucciones de cómo hacerlo.

—Claro —asiente la hembra. Me mira un instante—. Tanit, ¿podrías…?

—No te preocupes —respondo—. Stefan y yo cuidaremos de los cachorros.

—Gracias.

Al cabo de media hora, vuelve la Krogan. Es lógico que haya sido ella la que haya hecho la modificación, en vez de Irina: A Tara la tecnología se le da de maravilla. Stefan es un manitas, pero le cuesta un poco pelearse con la electrónica. Yo, en cambio, soy una gran teórica, aunque a la hora de cacharrear no le llego ni a la altura del betún a mi coesposa.

Los gemelos están abriendo la boca en un gesto que conozco muy bien: Están empezando a tener sueño. Tara lo nota y los recoge de su corralito, saliendo del puente. Los llevará al nido, les va a dar de mamar y acto seguido los dos cachorros se van a quedar

dormidos como troncos. Luego su madre se tumbará sobre ellos, protegiéndoles con su cuerpo. A decir verdad, en la nave no corren ningún peligro, pero los Krogan adoptaron ese hábito cuando los humanos ni siquiera habíamos empezado a habitar las cavernas, y es difícil cambiar una costumbre de ese tipo. De todas formas, a mí me costaría dormir en esa postura, y lo sé porque lo he intentado. Los Krogan acabaron por pedirme que me tumbara normalmente: Habría terminado aplastando a sus cachorros.

—Hay que llevar las cápsulas de estasis al nido —le indico a Stefan—. Así Tara y sus bebés no tendrán que moverse apenas cuando deban meterse en ellas. ¿Me ayudas?

Se levanta de un salto.

—Claro.

No tardamos mucho. Llevamos las dos cápsulas plateadas a la habitación donde duerme la familia y las preparamos para su uso. Verifico que funcionan correctamente; más nos vale, si no queremos que nuestros esposos se pongan en peligro. Por suerte no tenía que haberme preocupado.

Cuando volvemos al puente no llego a sentarme en mi sillón: Stefan me intercepta y me sienta encima de él. Entonces empezamos a besarnos entre risitas. Por suerte, Irina nos implantó el *Kehl* de los Krogan a los dos. Vamos, que nos quitó la posibilidad de excitarnos sexualmente, lo cual es una suerte: Ni Stefan ni yo tenemos edad para eso. Aunque tengo que reconocer que estar besándome con mi marido es una manera estupenda de pasar el rato. También me mete mano, aunque supongo que es solo porque le gusta hacerlo. A mí no me importa en absoluto. Aparte de que estamos casados, con el *Kehl* nada de lo que haga logrará animarme desde el punto de vista sexual… y tampoco a él.

Al cabo de unas horas, Irina nos avisa de que Niros viene camino del puente, así que quito la mano de Stefan de un sitio bastante impertinente, me coloco bien la ropa y me vuelvo a sentar en mi sillón. Tampoco es que vayamos a dar la nota delante de un extraño.

—¿Qué tal vas, Etim? —pregunto, cuando el hombrecillo entra en el puente.

El pelirrojo agita la mano con la que sujeta el *Orbe*.

—Creo que ya lo tengo casi resuelto —explica, mirando a su

alrededor y sentándose al final en el sillón de Tara. Le está enorme, pero el de Groar le resultaría en verdad gigantesco.

—¿Ya sabes ocultarlo?

—Creo que ya sé enviar una señal falsa —responde—. Lo malo es que no puedo probarlo aún.

—Ah, claro. Tenemos que esperar a que llegue el Dios Caído.

Hace un gesto de incomodidad.

—Sí, claro. Le está llamando.

Le obsequio con una sonrisa oblicua.

—Esperemos que no llegue demasiado pronto. Aún queda bastante para que se abra la anomalía que nos permitirá regresar a nuestro tiempo.

—Por lo que dicen los Cruzados, aún tardará en llegar. Debido a la posición estelar, es muy complejo hacer un Salto de Pulso a este sistema. Están casi seguros de que llegará como muy pronto una hora antes de que se abra la anomalía. Media hora, en el caso más probable.

Pongo cara de dolor de muelas.

—Incluso media hora me parece demasiado. Después de todo, va a venir a por *nosotros*.

—¿No te fías de la Flota? —se sorprende.

—No me gusta depender de *nadie* —respondo—. Es la vida de todo nuestro nido. Maldita la gracia que me hace que un dios quiera hacernos papilla.

—¿Podemos cambiar de tema? —se queja Stefan—. Me estáis poniendo nervioso.

Suspiro. Yo también estoy bastante nerviosa.

—Vale. ¿De qué queréis que hablemos?

En realidad, hablar con Niros es complicado, puesto que tiene que estar reflexionando todo el rato, para no decirnos nada del futuro. Al final me pide que cuente cosas de los Krogan y otras especies del brazo

Escudo-Centauro,

que es donde viven, y tanto él como Stefan están pendientes de lo que voy explicando. A decir verdad, se nos pasa el tiempo volando. De hecho, el momento clave nos pilla cuando menos lo esperamos.

—Tanit, es hora de irnos —informa Irina de pronto—. El *Orgullo de Venus* nos indica que el canal de entrada se está abriendo.

Podemos esperar a Bai
A'thok
en cuestión de nanociclos.

Inspiro hondo. El salto de Pulso no puede funcionar cerca de grandes masas gravitatorias, y por lo que me han contado los Cruzados, se está dando una combinación única en las órbitas de las estrellas cercanas que evitan el acercamiento, a menos que estés tan loco como ellos. Nuestro enemigo, teniéndole un terror desmesurado a los agujeros negros, está sencillamente esperando a que se abra el hueco a través del cual pueda venir sin arriesgarse. Los Cruzados, en cambio, entraron por un canal mucho más estrecho.

—Pues vamos. Por favor, pon a Tara y sus cachorros en estasis y estate preparada para hacer lo mismo con Groar.

—Afirmativo.

Mientras el *Viento Solar* despega, frunzo el ceño. Una combinación única de las órbitas de las estrellas cercanas… ¿algo así como la trayectoria de dos agujeros negros y un agujero blanco que nos permitió llegar hasta este lugar? Siento un escalofrío. Cada vez tengo más la impresión de que no estamos viendo a la mayoría de los jugadores de esta partida. Esto no es casualidad, y francamente, eso no me tranquiliza nada en absoluto. A decir verdad, estoy empezando a estar muerta de miedo.

Consulto mi consola mientras Irina pone rumbo a los dos agujeros negros. Hay dos enormes naves que se están acercando, seguidas de tantas otras que mi sensor de blancos se está saturando. Supongo que es la escolta que se supone que iban a ponernos. Echo un vistazo a cuántas son y me quedo helada. Bueno, aún más de lo que ya estoy.

El almirante Grant dijo que íbamos a tener una escolta proporcional al peligro al que íbamos a enfrentarnos. Trago fuerte, y no puedo menos que sentir cómo un escalofrío recorre mi columna. Hay literalmente ciento y pico mil navíos que se están acercando para acompañarnos, formando capa tras capa protectora. Si eso es una indicación del peligro con el que nos vamos a encontrar, entonces tenemos un gigantesco problema. Mi canguelo sube varios enteros, si es que eso es posible.

—¡Esto sí es una escolta! —Está afirmando Stefan con

satisfacción.

—¿Te has dado cuenta de contra qué nos tendrá que proteger para que tenga ese tamaño? —pregunto, más mordaz de lo que pretendía ser.

Se lo piensa dos segundos, y luego veo que palidece.

—Oh, mierda.

—Ya lo puedes decir.

Niros no abre la boca; está tan blanco que parece un fantasma. Tengo la impresión de que se está arrepintiendo de venir con nosotros, mas es demasiado tarde para echarse atrás.

—Niros… —le recrimino—. El *Orbe*.

Me mira con ojos alocados y luego echa mano del artefacto en cuestión; por lo visto se había sentado encima.

—Sí… Sí, claro.

Se pone a inspeccionarlo y darle vueltas y yo suspiro. Más vale que el pelirrojo se espabile, porque vamos a tener lo que se dice un problemón si no logra que ese artefacto se pueda camuflar cuando regresemos al pasado. De hecho, el lío en el que estamos ahora nos va a parecer una minucia en el momento que no tengamos a diez millones de naves cubriéndonos las espaldas.

Me levanto un instante de mi sillón, estirándome. Pronto voy a tener que moverme a toda prisa, y estoy algo agarrotada de la espera.

Es entonces que siento… algo. Algo horrible, como un frío tremendo, espeluznante, algo tan espantoso y aterrador que es inconcebible que pueda pertenecer a este universo. Caigo de rodillas, gritando de miedo, intentando sobreponerme a ese pavor, y es entonces que descubro con toda seguridad lo que está ocurriendo: El Dios Caído está aquí, entre nosotros.

—Tanit, ¿qué te pasa? —grita Stefan, preocupado, soltándose de su sillón y arrodillándose a mi lado.

—¡Tenemos que irnos! —Logro jadear—. ¡Irina, vámonos! ¡Ya! ¡Y asegúrate también de poner a Groar en estasis! ¡No podemos esperar más!

—Ahora mismo, Art'Ana.

—Mierda —masculla mi marido, ayudándome a levantarme y a sentarme de nuevo en mi asiento—. Hora de bailar.

Cuando logro recuperarme un poco estamos navegando a toda la

velocidad hacia la anomalía, con al menos cien mil naves intentando mantener el mismo rumbo que nosotros mientras forman una enorme esfera protectora a nuestro alrededor. Tengo la sensación de que están preparadas para abrir fuego en cuestión de segundos. Stefan desde luego que está listo: Ha activado todos los sistemas de defensa y está controlando nuestras baterías principales, buscando nervioso un blanco que sabe que va a aparecer de un momento a otro.

—¡Mira!

En el holograma de situación el enorme planeta con sus decenas de lunas está como chisporroteando. Gigantescas energías lo mueven de un lado a otro, haciéndolo oscilar. Y de pronto, el planeta entero explota en un millón de pedazos, algunos del tamaño de continentes enteros. En su lugar hay otro mundo, tan gigantesco que se me ponen los pelos de punta. No tengo tiempo de reaccionar, hay una sacudida tan fuerte que me habría tirado del sillón si no me acabase de atar con el arnés. El pobre Stefan en cambio no se ha sujetado y es lanzado al menos a cuatro metros de distancia, rodando por el puente. Niros, en el sillón de Tara, está encogido como una bola, claramente asustado.

Yo también estoy asustada. El nuevo planeta es una gigantesca estación de combate, erizada de cañones y sistemas de defensa. Debe tener más o menos el setenta por cien del tamaño de Júpiter o lo que es lo mismo, el de unas novecientas Tierras juntas. Es algo tan increíblemente poderoso que la flota de millones de naves a la que se va a enfrentar de pronto ya no me parece tan impresionante.

A pesar de todo, esa descomunal estructura no es tan peligrosa como parece, porque *algo* logró herirla. Tiene una grieta enorme, del tamaño de tres meridianos completos, desde la cual sale una venenosa luz verde. Hay trozos de la piel de metal del tamaño de continentes enteros dobladas hacia fuera, placas enormes sujetas con cables del grosor de nuestra propia nave que flotan libremente. Lo que fuese que causó ese daño tuvo que ser realmente monstruoso, es como si alguien hubiese arrancado el continente americano de la Tierra. O su equivalente en novecientas Tierras.

—Joder —susurra Stefan, poniéndose primero a cuatro patas y luego acercándose a trompicones hasta su asiento—. ¿Qué es esa cosa?

Trago fuerte. Ese mundo artificial está rodeado de estaciones de combate menores, y decenas, posiblemente incluso centenares de miles de naves. Tardo un instante en darme cuenta de que las naves están muertas; son derelictos, el resultado de antiguas batallas, algunas de hace quizás eones.

—Tanit, *Frontera* acaba de desaparecer —informa de pronto Irina.

—¿Qué?

Echo mano de mi terminal, incrédula, pero nuestra IA tiene razón. El rarísimo planeta de los Cradnian y Arpidiannos con sus tres anillos artificiales ya no está ahí.

—No sé de qué te sorprendes —se ríe Stefan mientras se sienta y se pone el arnés de seguridad—. Está claro para qué era el regalo que le hemos traído a los Cradnian. Ya sabes, esa caja tan siniestra.

Asiento, y a decir verdad hasta cierto punto me tranquiliza. Si nos hemos metido de cabeza en esta aventura es para que una diosa traslade el planeta Thuis a un sitio donde los *Cosechadores* no puedan encontrarlo. Está claro que la diosa puede cumplir con lo prometido; acabo de ver algo similar con mis propios ojos. Claro que, por otra parte, también acaba de aparecer aquí un planeta artificial enorme. Mi alivio inicial se convierte en desasosiego. ¿A qué nos estamos enfrentando?

Entonces noto… algo. Como una especie de un insólito saludo, seguido de una orden para someterme. Sin embargo, por alguna extraña razón, me resbala. Frunzo el ceño. Recuerdo haber experimentado en el pasado algo así. Sí, los Bai
R’the
intentaron de alguna manera dominarme, y no funcionaba conmigo. Esta vez debe ser su dios, pero no parece que tenga mucho más éxito.

—¿Has notado eso? —se queja Stefan, llevándose la mano a la cabeza—. ¡Qué desagradable!

—¿Estás bien? —me preocupo.

Hace una mueca de irritación.

—Me duele la cabeza.

—A mí también —se queja el pelirrojo—. Tengo ganas de vomitar.

Entonces recuerdo lo que estuvimos hablando con Niros. El

saludo del Dios Caído es un mandato para someterse, aunque a diferencia de las demás especies, los humanos somos inmunes a sus órdenes.

—¿Es Bai A'thok?

—No te quepa la menor duda —masculla el hombrecillo, hundiendo la cabeza en su regazo—. Espero que los Krogan estén en estasis o vamos a tener lo que se dice un problemón.

—El resto del nido está en estasis desde hace varios nanociclos —reporta Irina—. No pueden haber recibido la orden de ese monstruo.

—¿Y tú, Irina?

—Mi núcleo de computación mejorado tiene un escudo contra esa señal —explica—. Ningún
Bina'ai
se ha visto afectado.

—Menos mal.

Nuestra escolta humana y
Bina'ai
está formando una gigantesca esfera a nuestro alrededor, capa tras capa de naves que se suponen que tienen que protegernos, lideradas por dos enormes naves del tipo *Risingsun* con una eslora de decenas de kilómetros. Sin embargo, aún siendo una flota formidable, de pronto ya no estoy nada segura de que nos pueda mantener a salvo. Tengo la impresión de que las vamos a pasar canutas, incluso con tantos miles de naves protegiéndonos.

Entonces lo veo.

—Tenemos problemas —mascullo.

Stefan me mira con cara de asustado.

—Es coña, ¿no?

Yo no respondo. El gigantesco planeta artificial se está acercando a una velocidad enorme, de hecho es muchísimo más rápido que nosotros aunque parezca ir más lento debido a que está más lejos de los agujeros negros. Y está vomitando una cantidad enorme de cazas y buques mayores, algunos de las cuales incluso dejan pequeñas a las kilométricas naves de los Cruzados.

Nuestra escolta está levantando los escudos, y desplegando
drones-escudo
por decenas de millares, hasta el punto que dejamos de ver por

completo a nuestro temible enemigo. Tengo que cambiar el tipo de sensores, las cámaras ya no muestran nada más que una enorme pared blanca y las naves que están entre nosotros y ese escudo.

Varias enormes sacudidas hacen que seamos zarandeados, y al recuperarme veo que toda la flota aliada ha rodeado al gigantesco planeta, impidiendo que pueda retroceder. En cuestión de minutos, unos y otros empiezan a dispararse, y las explosiones son tan enormes que todos nuestros instrumentos se salen de la escala al intentar medir las energías de las deflagraciones. Parece que un maldito sol acaba de aparecer detrás de ese escudo que nos protege, tan intensas son.

Sin embargo, eso no es lo peor. Siento un inmenso poder *psi* emerger desde detrás del escudo. Algo gigantesco, como un inmenso látigo de millares de kilómetros, hecho de pura energía mental, choca contra los escudos que nos protegen, destrozándolos, convirtiendo a su paso a decenas o quizás incluso centenares de naves en chatarra muerta. Y aún no me he recuperado de la impresión cuando un sinfín de naves enemigas penetran por el hueco en nuestra defensa mientras los drones intentan desesperadamente recomponer el escudo.

Stefan ya está disparando nuestras baterías, uniéndose a la legión que está enfrentándose al enemigo. Hay decenas de miles de pequeñas naves aliadas que se lanzan con furia contra nuestros adversarios, y aún así, les está costando detenerlos.

Entonces ocurre algo que hace que se me pongan los pelos de punta: El mismo espacio se está emborronando, y docenas de grietas aparecen en la realidad, a través de las cuales se puede ver el sol. En un instante, literalmente millares de buques son incinerados. Millones de personas han muerto en cuestión de segundos. Y un sinfín de navíos están disparando la propulsión inversa para detenerse o realizando desesperados giros de emergencia para evitar meterse en esas grietas que llevan al corazón de la estrella local.

—¿Cómo puede estar el maldito sol detrás de nosotros y también delante? —berrea Stefan, disparando a todo enemigo que se mueve.

—¿No te das cuenta de que es un dios? —chillo yo, asustada a más no poder, mientras también disparo a cualquier adversario que se me pone a tiro. He sentido… algo horrible, como si hubiera oído

a millones de seres chillar al quemarse vivos—. ¡Irina, salgamos de aquí!

—Voy a la máxima velocidad —indica con una voz tan fría que me parece mentira—. Sin embargo, tengo que esquivar esas fisuras en el
espacio-tiempo.

Miro mi panel. Cada vez hay más de esas flamígeras grietas en la realidad, y el gigantesco látigo *psi* está destrozando a nuestros protectores por decenas e incluso centenares. Creo que todos hemos subestimado lo que un dios cabreado puede hacer.

A decir verdad, estoy empezando a sentirme fatal. Después de notar la muerte de tantísima gente, ahora *siento* también las muertes que están teniendo lugar a nuestro alrededor, y son centenares de ellas cada segundo. También siento la *determinación* y el *odio* de los combatientes de la Flota. Es una resolución salvaje e implacable, donde todos están dispuestos a morir a cambio de acabar con esa aberración que nos amenaza a todos. Y más allá, advierto la oscura y siniestra ira de nuestro adversario, que quiere condenarnos a un destino tan oscuro y tenebroso que hace que me ponga a temblar de forma incontrolada. Una vez fui torturada por una especie alienígena. Lo que este ser pretende hacer con todos nosotros es sin embargo algo tan espantoso que dejaría aquel horrible martirio en una simple caricia.

De alguna manera, Stefan debe intuir lo que estoy percibiendo, porque extiende un brazo para tocar mi mano, sin dejar de disparar. Para maravilla mía, ese sencillo gesto hace que deje de *sentir* esas muertes. Para asombro mío, mi mente de pronto bloquea esas imágenes, esa sensación de estar experimentándolas yo misma. Quizás lo que Stefan y yo sentimos el uno por el otro me esté protegiendo contra esa terrible experiencia.

Entonces una de las *Risingsun* dispara, con un cañón tan monstruoso que nuestros propios proyectiles parecen simples escupitajos. El haz de energía que libera es tan brutal que parte el gigantesco tentáculo en dos, haciendo que la parte cortada se disuelva poco a poco en humo.

—¡Bien! —grita mi marido—. ¡Así se hace!

Sin embargo, ha cantado victoria antes de tiempo. Un segundo tentáculo aparece, destrozando de nuevo los escudos y centenares

de drones, y una nueva oleada de enemigos penetra a través de la enorme brecha. Miles de aliados se interponen entre nosotros y ellos, y aún así, les están aniquilando uno tras otro. Entonces me doy cuenta de que la anomalía hacia la que nos dirigimos también se está emborronando.

—¡Cuidado! —chillo—. ¡Marcha atrás, Irina!

—Afirmativo —contesta nuestra IA—. Yo también lo he detectado, Tanit. He puesto la propulsión inversa al máximo.

Por un instante temo que nos vayamos a zambullir en el sol, pero cuando la grieta se materializa es casi peor: Delante de nosotros está el planeta de Bai
A'thok.
La gigantesca fisura de ese mundo, resplandeciendo en un venenoso color verde, está justo enfrente. Trago fuerte. Claro, el Dios Caído no quiere destruirnos, quiere el *Orbe*. Lo malo es que como caigamos en sus manos… sé que el horror que nos espera va a ser algo inimaginable. Puedo *sentirlo*.

—Irina… —Vuelvo a tragar, porque apenas soy incapaz de hablar—. Prepara el mecanismo de autodestrucción.

—Sistema de autodestrucción preparado —responde con frialdad, mientras la nave se detiene—. En cuanto des la orden, lo activaré.

—¿Qué? —salta Niros—. ¿Te has vuelto loca?

—No —jadeo—. Créeme, no queremos que esa… esa cosa nos capture. Y con suerte destruirá el *Orbe*.

—¿Un objeto que estuvo en el magma de un planeta? ¡Imposible!

—Igual tenemos suerte. Irina, ¿podemos esquivar esa grieta?

—Negativo, Tanit, el canal es demasiado estrecho. Si nos desviamos lo suficiente para hacerlo, entraremos en el horizonte de sucesos de uno de los agujeros negros.

—Entonces estamos perdidos —susurro, viendo cómo un nuevo tentáculo verde surge de la grieta.

Estoy a punto de ordenarle a nuestra IA que dispare el mecanismo de autodestrucción, cuando decenas de miles de
drones-escudo
saltan hacia delante, rodeándonos. En un acto de increíble heroísmo, las naves que nos rodean están utilizando sus propios

escudos para protegernos.

Puedo notar e incluso oír cómo el tentáculo rodea nuestra nave, apretando, intentando aplastar la esfera que nos está resguardando, porque algunos drones están rebotando contra nuestro casco. Entonces, de pronto, los autómatas se precipitan para rodear el enorme látigo, doblándolo y estrangulándolo. Stefan le está disparando a esa cosa, allí donde no hay aliados, aunque nuestras baterías principales ni siquiera logran mellar algo tan gigantesco. Lanzo una andanada de torpedos y misiles, apoyando los disparos de mi marido, y el resultado es tan patético que me baja la moral al suelo: No hay nada que hacer.

Stefan toma mi mano y le miro. Veo que también él tiene el rostro desencajado de miedo.

—Tanit… —dice, con la voz entrecortada por la aprensión—. No sé si lo vamos a contar, pero quiero decirte que no me arrepiento de haberme casado contigo, incluso si eso supone que muramos aquí. Te quiero. Siempre te querré.

Siento un nudo en la garganta, y los ojos me escuecen tanto que tengo la sensación de que me voy a poner a llorar de un momento a otro. Aprieto su mano.

—Yo también te quiero, Stefan. No te preocupes, todo saldrá bien.

Me inclino hacia él y le beso en la boca. Entonces nuestra IA habla, y estropea el momento.

—Lamento contradecirte, Tanit, las probabilidades de supervivencia en este momento son mínimas. El porcentaje ha bajado hasta…

—No quiero saberlo —la interrumpo, enfadada, mientras me enderezo en mi asiento. Es justo lo que faltaba, que desmoralice aún más a Stefan—. Y me importan una mierda las probabilidades. Vamos a salir de aquí.

Me acabo de acordar de que *sé* que ella va a subsistir, aunque por supuesto que no voy a decirlo; no hay que jugar con el conocimiento del futuro. Eso sí, el que Irina aún vaya a subsistir mil años no significa que nosotros no vayamos a morir en esta aventura. Ahora bien, está claro que no vamos a disparar el mecanismo de autodestrucción, porque de lo contrario, ella no podría sobrevivir. Sin decir nada, lo desactivo.

—¡Así se habla! —Mi marido de pronto está lleno de energía. Mis palabras o quizás mi beso le han animado, eso es obvio—. Vamos a intentar algo.

—¿El qué?

—No tenemos que dispararle a ese tentáculo. Hay que dispararle a la estación.

—No le vamos a hacer mucho daño —respondo, escéptica.

—Tiene una grieta del tamaño de tres meridianos —insiste—. Es tan profunda que igual llega hasta el centro. Dispara todos nuestros torpedos y nuestros misiles para que penetren hasta el fondo. Quizás logremos impactar en algún sistema vital. En el peor de los casos, seguro que no le van a gustar unas cuantas explosiones nucleares en el interior.

Hago una mueca. No creo que podamos hacerle ni un rasguño a algo tan gigantesco, pero por probar no se pierde nada. Lanzo absolutamente todo lo que tenemos. Aparte de nuestras baterías, ya no nos queda ninguna otra arma. Y el resultado es justo el que me temía: Cero patatero. Contra algo tan monstruoso, incluso unos torpedos nucleares son poco más que unos picotazos de mosquito.

Mientras estaba ocupada, el tentáculo se ha vuelto contra una de las *Risingsun*, enroscándose a su alrededor, aprovechando que todas las naves están intentando destruirlo. Para mi horror, logra aplastar a la enorme nave como si fuera una lata, y esta termina reventando en una enorme explosión, llevándose por delante a los escoltas que la rodean.

Miro a Stefan en silencio y él me mira a mí. Acabamos de ver cómo ese apéndice acaba de destripar a una nave de más de veinte *kilómetros* de eslora. No hace falta ser un genio para adivinar que el *Viento Solar* no va a durar más que unos segundos ante un poder así.

La destrucción de una de sus naves principales parece haber desmoralizado a los humanos, porque los *Cosechadores* lanzan un contraataque devastador sin encontrar demasiada resistencia. En cuestión de minutos, estamos rodeados de cientos, quizás de miles de naves explotando. Lo malo es que no podemos escapar.

Los supervivientes reaccionan al fin, formando de nuevo alrededor de la *Risingsun* restante, devolviendo el fuego. Sin embargo, yo no le presto atención, porque he visto algo que me

vuelve a poner los pelos de punta: Un tercer látigo *psi* está surgiendo del portal que tenemos enfrente.

Entonces una gigantesca cantidad de disparos nos pasan lo que se dicen rozando.

—¡Nos están atacando! —exclama Niros, obviamente muerto de miedo.

—Negativo —le informa Irina—. Los proyectiles están dirigidos hacia el tentáculo que nos amenaza. Los daños sin embargo no son significativos. Solo están logrando retenerlo.

El tercer apéndice parece dudar ante la impresionante barrera de fuego que nos protege, y entonces se dispara como un látigo… solo que no contra nosotros sino contra las fragatas que están usando sus drones para sujetar el otro tentáculo. Decenas de ellas explotan, y el escudo se desintegra. Instantes después, el fuego enemigo aniquila a casi todas las naves que nos protegían. Ahora hay dos tentáculos libres que nos amenazan.

Es en ese momento que lo noto: Hay como una llamarada *psi*, más potente que cualquier cosa que pudiese imaginar. Por un instante temo que nos esté atacando ese monstruo, pero… no, es algo diferente. Algo extrañísimo, como jamás pude siquiera sospechar.

Incluso Niros y Stefan han debido darse cuenta de esa insólita invocación, pues me están mirando como alucinados.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha sido eso?

—¡No lo sé! —respondo—. ¡Parece una llamada de auxilio!

Stefan me mira, alelado.

—¿Una llamada de auxilio?

—¡Sí! ¡Una llamada de auxilio *psi*! Creo… creo que son los humanos de la Flota.

Entonces se inclina desde su sillón y me agarra del brazo.

—¡Ayúdales! —me grita.

—¿Qué?

—¡Que les ayudes! —berrea—. ¡Usa tus poderes!

—Pero…

—¡Hazlo!

Por segunda vez oigo la llamada que está surgiendo a nuestro alrededor, y uno toda mi capacidad mental a ese grito dirigido a la cuarta dimensión. Es tan increíblemente poderoso que noto que

hasta el mismo horizonte de sucesos que nos separa de ese universo superior se está desestabilizando, convirtiendo la gigantesca tormenta que nos separa de él en el peor de los huracanes, algo tan enorme que por un momento pienso que el propio universo va a colapsarse.

Por increíble que parezca, de pronto hay un eco. Algo muy, muy lejano, en una dirección que no puedo identificar, como un punto en la infinidad del firmamento, está repitiendo nuestro mensaje.

Por tercera vez los humanos lanzan su petición de amparo, y yo me esfuerzo al máximo, forzando mis poderes como no he logrado hacer jamás, uniendo toda mi fuerza a esta desesperada apelación a quienquiera que deba ayudarnos. Vuelve el eco, y de pronto hay otro más, y luego son centenares, miles, centenares de miles de repeticiones… alguien ha escuchado nuestra súplica de socorro y nos está ayudando a difundirla.

Caigo atrás, rendida por el esfuerzo. No sé a qué viene esta llamada, pero estoy segura de que necesitaremos toda la ayuda que podamos. Los dos látigos del Dios Caído acaban de azotar de forma simultánea a la *Risingsun* superviviente, y esta se parte en pedazos. Hemos perdido, apenas quedan navíos para protegernos: Aunque sigue habiendo millones de naves que están atacando al monstruo, casi toda nuestra escolta ha desaparecido.

Una gigantesca llamarada entonces nos deslumbra, impactando contra la esfera enemiga, haciendo que se ilumine como una estrella. No sé qué es eso, pero los tentáculos *psi* que nos rodean saltan en millones de pedazos y los portales que nos impedían el paso se desvanecen hechos trizas. No puedo ni imaginar siquiera a quién iba dirigida la petición de auxilio, ni por qué. Lo que sé es que quienquiera que fuese ha escuchado nuestra súplica y de alguna manera nos ha ayudado. ¡Tenemos vía libre!

—¡Acelera, Irina! —chilla Stefan—. ¡La anomalía se va a colapsar de un momento a otro!

Los impulsores están al máximo, aunque para mi sorpresa la nave acelera aún más. Entonces veo que mi marido está disparando los cañones de plasma hacia atrás, dándonos un pequeño empuje adicional. Extiendo mi mente, aún a riesgo de chocar con la horripilante presencia que está al acecho, y *empujo* nuestra nave hacia delante mientras Irina realiza un Pulso. Segundos después,

entramos en el túnel dorado y un espeluznante alarido que trasciende hasta el tiempo y el espacio retumba en nuestras mentes.

No sé cómo acabará esa horrible batalla a una escala tan gigantesca que jamás hubiera podido siquiera imaginarla. Espero que nosotros hayamos podido equilibrar las tornas con nuestra misión. Aunque jamás lo sabré, hay algo de lo que estoy segura:

El Dios Caído está furioso porque hemos escapado de sus garras y él se ha quedado atrapado para siempre en este universo. Nosotros tenemos la llave y él nunca la consiguió, o ese futuro que hemos visto nunca habría sucedido.

Aún hay esperanza para la humanidad.

< < < < > > > >

Si quiere saber más sobre los hermanos Smith y sus compañeros, la Flota de la Tierra y la lucha contra el Dios Caído, descubra la serie *Cruzados de las Estrellas* de Alan Somoza, que transcurre en el mismo universo de los *Hijos de Orión* y que se entrecruza con esta serie, aunque no sea necesaria su lectura para disfrutar de las aventuras de Tanit.

El universo de los Hijos de Orión

El universo de los Hijos de Orión es un universo donde transcurren dos series de
ciencia-ficción
escritas respectivamente por padre e hijo: *En órbitas extrañas* de Ramón Somoza y *Cruzados de las estrellas* de Alan Somoza.

Estas dos series se iniciaron de forma independiente, aunque en un momento dado sus autores decidieron combinarlas en un mismo universo, haciendo que las historias contadas en ambas series se alimentasen mutuamente e incluso en alguna ocasión se cruzasen.

No es necesario leer las dos series, dado que son independientes, aunque ambas en algunos episodios (como este) tomen «prestados» personajes de la otra serie. No obstante, para aquellos que hayan leído las dos series, o estén interesados en leer más sobre el universo de los Hijos de Orión, he aquí un breve resumen de cómo encajan una con otra, una vez que los hechos que han tenido lugar en los diferentes «cruces» o cameos entre las series ya han sido desvelados.

El término de los Hijos de Orión se refiere a las diferentes especies que pueblan o han poblado el segmento galáctico que nosotros denominamos el brazo de Orión o brazo local. El lector habrá reconocido ya no solo a los humanos, sino también a los Urgh, los Laarneis, los Cradnian, los Bai
R'the
y otros muchos que puede que solo hayan sido mencionados de pasada en esta serie.

Los hechos narrados en la serie *En órbitas extrañas* son anteriores a lo ocurrido en *Cruzados de las estrellas*, salvo por el cameo que ya han leído. En la primera serie, la humanidad aún está terraformando los planetas del propio Sistema Solar y ha

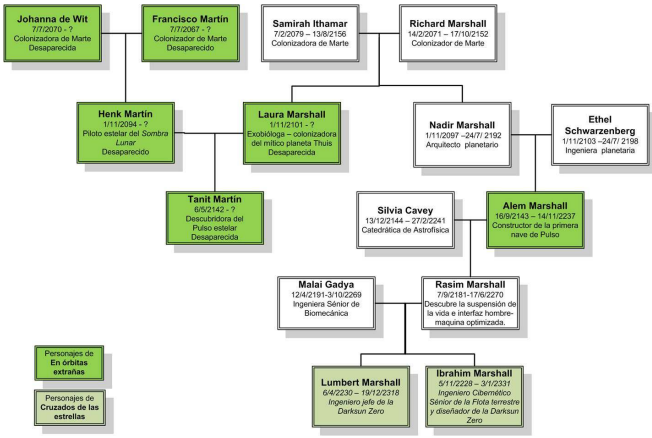
establecido las dos primeras colonias extrasolares. En la segunda, tanto los mundos de Sol como las múltiples colonias que se han establecido en otras estrellas son mundos pujantes. En la primera serie, se narran las aventuras de Tanit, en la segunda, la historia de la guerra contra los *Cosechadores*.

Tanit es familia lejana de los hermanos Marshall, que son unos personajes clave en la historia de los Cruzados, especialmente Ibrahim. Él y su hermano son nietos del primo de Tanit, Alem, que aparece brevemente en *La proscrita marciana*. Este, que conocía las fórmulas cosmológicas de su prima, será el creador de la primera nave de Pulso, lo que permitirá a su vez la creación de la *Darksun Zero* por parte de su nieto.

Dejo a los lectores descubrir cómo los actos de Tanit tuvieron una fuerte huella en la humanidad y en la guerra contra los *Cosechadores*, aunque ella no fuera consciente de ello. Si leen *Cruzados de las estrellas*, verán cómo aspectos a los que quizás no dieron demasiada importancia al leer *En órbitas extrañas* sí resultan ser clave siglos más tarde, pero no les estropearé la lectura, ni les desvelaré el destino de la Cruzada. Si leyeron la serie de los Cruzados antes que esta, se habrán sorprendido de encontrar las causas de ecos que reverberarán hasta el futuro.

A aquellos que ya hayan leído las dos series, les invito a releerlas, y quizás descubran sutiles aspectos que les hayan pasado desapercibidos al haber leído la primera de las series.

Un último apunte: El universo de los Hijos de Orión no es mío, ni de mi hijo, sino de los dos. Cuando decidimos que íbamos a unir las series en un mismo universo, ya con casi la mitad de las respectivas series publicadas, empezamos a intercambiar ideas, sugerencias y propuestas a la cual más loca. También nos enviábamos los manuscritos antes de su publicación, a fin de asegurarnos de que encajaban con nuestras respectivas historias y el universo que pretendíamos crear. Creo que sinceramente, eso nos ha permitido mantener nuestros propios estilos y nuestras respectivas obras, encuadrándolas en un universo más rico y amplio del que habríamos podido diseñar cada uno por nuestra cuenta. Y no, ese universo no acaba aquí. Al igual que el universo real, seguirá expandiéndose. En ello estamos.



Árbol genealógico de la familia Marshall.

Notas

[1] Véase el episodio 13 de esta serie, *El regreso de las máquinas*. <<

Índice de contenido

Cubierta

El dios caído

En órbitas extrañas 24: El dios caído

El universo de los Hijos de Orión

Notas